

FRENTE

5

FRENTE

Mensuario de Doctrina, Arte y Polémica.

AÑO I

FEBRERO-MARZO 1932

Nº 5

Director: R. Martínez de la Torre

Sumario de este número:

PRINCIPIOS DE MARXISMO (conclusión) por Charles Rappoport, pág. 197.—EL ANIVERSARIO DE LA COMUNA DE PARIS, por X, pág. 209.—LENIN, por Nicanor A. de la Fuente, pág. 217 —LAS LECCIONES DE LA COMUNA DE PARIS PARA LAS LUCHAS ACTUALES DEL PROLETARIADO, por N Lukin Antonov, pág. 219—LA CONSTITUCION DEL PROLETARIADO EN CLASE, por Carlos Marx, pág. 234.

PANORAMA NACIONAL.—La Crisis política de Febrero, por Ricardo Martínez de la Torre, pág. 237.—Apra en "Brújula", pág. 244.

Precio de cada ejemplar:

Perú: \$ 0 30.

Extranjero: \$ 0.10 oro americano.

— Aparece el 15 de cada mes. —

De venta, en Lima: AGENCIA MODERNA, calle Correo, kiosko

FRENTE es una revista dedicada exclusivamente a la difusión del marxismo.

En FRENTE encontrarás, hermano obrero o campesino, un sólido colaborador teórico.

FRENTE contiene importantes documentos, ensayos, artículos, muchos de ellos traducidos por primera vez al español.

FRENTE es tu revista, obrero revolucionario. Léela. Proyéjala. Defiéndela.

Aquel que te aconseje no leer FRENTE, es un reaccionario, sea cual fuere el "disfraz" con que se te presente.

La sociedad no tendrá otro cuidado que el de multiplicar la comodidad y los goces de la vida, de perfeccionar los instrumentos de trabajo para crear al hombre más ocios, más luz, más bienestar. La libertad cesará de ser una palabra para devenir una realidad, un hecho cotidiano, un bien de todos.

Se nos dice todavía: Si el hombre no tiene el aguijón del hambre y el cebo del beneficio para hacerle trabajar, se volverá perezoso. Y diciendo esto, olvidan la necesidad de alimentarse, de vestirse, de cobijarse. Aquel que no trabaja no come. Se olvida igualmente que la pereza no es propia del hombre sano. No hay sino que observar a los niños, que ignoran el reposo.

La pereza es un azote social, hija legítima de nuestro régimen que es un premio a la pereza. Porque asegura todas las riquezas, todos los goces de la vida—en teoría—a aquellos que trabajan lo menos posible, a aquellos ociosos privilegiados, a los parásitos sociales. La pereza viene, en fin, de las condiciones intolerables del trabajo forzado y excesivo en las fábricas insalubres e infectas.

¿Cómo trabajar de buen grado cuando se trabaja para enriquecer a otros? Cuando los productores sepan que los productos de su trabajo les pertenece se desembarazarán pronto del disgusto que les inspiran los trabajos forzados en una sociedad absurda y malhechora. El trabajo bien dispuesto y medido devendrá atrayente. Devendrá un placer y un goce. Porque el trabajo es necesario a la salud física y moral del hombre. Es la ciencia moderna la que establece esta necesidad vital del trabajo.

Hay también el "argumento ruso" contra el comunismo. Se dice un poco por todas partes: "Vaya a Rusia. El comunismo ha arruinado ese país. El hambre y las enfermedades reinan soberanos". Es suficiente reflexionar un solo instante para apereibirse que esta objeción se basa sobre la ignorancia y la mala fe más escandalosas.

Fueron la guerra y la contra-revolución las que arruinaron a Rusia. La doble guerra ha durado siete años. Ningún país del mundo sería capaz de resistir una guerra tan larga. Sin embargo, el proletariado comunista quedó hasta aquí el amo de la situación. Ha vencido al mundo capitalista. Ha arrojado, aniquilado a todos los generales contra-revolucionarios sostenidos por la reacción mundial, por los capitalistas de todos los países.

El comunismo ha suprimido el bandidaje y el desorden. Ha garantizado la seguridad interior y exterior. Los adversarios

de buena fé reconocen hoy que sólo el comunismo puede gobernar a Rusia y salvarla.

Pese al azote de la sequía, los comunistas han logrado con éxito, por un esfuerzo sobrehumano, abandonados por el mundo capitalista sin entrañas, ayudar a las poblaciones hambreadas, organizar en una región más vasta que Francia y Alemania reunidas, la siembra de los campos.

Los comunistas rusos construyen la nueva ciudad del Trabajo y de la Justicia, en medio de dificultades inauditas. Las hordas contra-revolucionarias han destruído durante años, vías férreas, fábricas, máquinas, haciendo saltar los puentes, incendiando las estaciones eléctricas. Sin embargo, los proletarios rusos no han abandonado su obra gigantesca, su tarea gloriosa. Estos son los albañiles formidables que, soportando el tiroteo del interior y del exterior de la casa, persisten y continúan elevarla hasta el cielo del ideal soñado por los más grandes pensadores y los más nobles corazones.

Lejos de desanimarnos, el ejemplo ruso nos fortifica y nos prueba con claridad de lo que es capaz un proletariado heroico y consciente.

Es por la primera vez que el comunismo moderno sale del dominio de la teoría para entrar en el de la práctica. Ha probado, no con argumentos, sino con hechos, su vitalidad. Es esta misma la razón por la cual el mundo capitalista se enaña contra la Rusia comunista. Los capitalistas no pueden admitir que una sociedad basada en el trabajo no oprimido pueda existir y sobre todo, prosperar. Ellos temen el contagio del ejemplo para «sus» obreros que continúan siendo los esclavos del capital.

Igualmente, si los capitalistas sostenidos por la inconciencia de las masas llegasen a aislar y hambrear a la Rusia comunista, no podrían impedir que la Rusia comunista haya existido y que haya hecho temblar durante años al mundo capitalista.

La reacción monarquista ha vencido, hace un siglo, a la Gran Revolución francesa. Pero ella no pudo impedir la difusión de las ideas revolucionarias a travez del mundo durante todo el Siglo XIX dominado por la Gran Revolución francesa.

Si la reacción capitalista llega a abatir la revolución rusa, no será sino un crimen monstruoso e inútil. Ella pagará su crimen contra el Porvenir de la humanidad con un largo período de desorden y carnicería sin fin.

VII

El marxismo y la revolución

Se nos dice también: "Uds. quieren la Revolución. Uds. son partidarios de la violencia". Ahora bien, es para salvar a la humanidad de la violencia crónica, eterna, de las guerras de clases que durarán en tanto que duren las clases, que nosotros declaramos la Revolución inevitable y saludable. Porque la Revolución es una economía de la violencia. Comparad lo que cuestan, en vidas y en sufrimientos humanos las guerras perpetuas, a los sacrificios impuestos por la revolución. Es una gota en un océano de lágrimas y sangre. El terror de 1793 se ha llevado algunos millares de víctimas.

Las guerras de Napoleón han costado a Europa cerca de cuatro millones. La guerra mundial ha hecho matar cerca de quince millones de hombres y ha hecho treinta millones de inválidos.

Revolución no significa violencia. Quien dice Revolución dice cambio profundo, cambio de dirección, cambio de base, de fondo, cambio de sistema político o económico. No es masa crando que se hace la Revolución. Al contrario, es rehusándose a la masacre de sus hermanos de miseria, que los pueblos llegan hasta la Revolución. Cuando la conciencia popular, se solidariza del régimen, su fuerza armada pasa al buen lado de las barricadas, y el pueblo ha vencido.

La más grande Revolución social—la Revolución rusa—se ha cumplido casi sin efusión de sangre. El ejército ha pasado al lado de la Revolución. La sangre que ha corrido en Rusia ha sido vertida por la contra-revolución. ¡Que sobre ellos pese solamente la terrible responsabilidad! Nosotros no predicamos la revolución violenta. No hacemos sino comprobar tres grandes hechos históricos:

1º.—Un régimen que ha cumplido su tiempo no podrá ser salvado con mejoras parciales, con remiendos, en una palabra, con reformas: es preciso un cambio de base, una transformación fundamental;

2º.—Jamás una clase dominante ha cedido de buen grado su sitio a una nueva clase llamada a reemplazarla en la dirección de la sociedad, sin la presión de una fuerza superior o la amenaza de la violencia. Las clases y los regímenes no se suicidan. Es preciso empujarles afuera por la fuerza o la amenaza. Es la historia de todas las revoluciones. No podemos hacerle nada;

3°.—Para cambiar de régimen, es preciso apoderarse del poder político. El ejercicio revolucionario del poder político se llama dictadura. Una nueva clase que se apodera del poder dicta su voluntad a la clase derribada. La burguesía es desembarrada de la clase feudal por un poder dictatorial. Hoy, ella tiene horror porque se trata del fin de su dominación y del avestimiento de la clase obrera y campesina.

Para evitar la efusión bárbara e inútil de sangre popular, de la cual los comunistas son avaros, no hay sino un sólo medio: el desarrollo de la conciencia y de la organización de la clase obrera y campesina.

Cuanto más conscientes y organizados sean los obreros y campesinos, habrá menos necesidad de emplear la violencia brutal. Porque bastará a las masas populares—de las cuales el ejército no es sino el brazo armado—mostrarse en toda su fuerza para hacer desaparecer y desvanecerse toda inútil resistencia. No se resiste a un pueblo cuya conciencia se indigna y se alce frente a un régimen que se sobrevive a sí mismo.

Las revoluciones de nuestro tiempo no son siempre revoluciones hechas con barricadas. La historia conoce revoluciones de brazos caídos. Ha bastado frecuentemente a la clase obrera rehusar sus servicios a las clases dominantes para que estas capitulen. Grandes movimientos revolucionarios en Rusia, Bélgica, Alemania, Austria y otras partes han venido a parar en la ayuda de huelgas más o menos generales, sin efusión de sangre. La clase obrera es la base de la sociedad. Si esta clase sacude las espaldas, el edificio social cae por tierra.

VIII

El marxismo y los campesinos

Para volver imposible la revolución proletaria, se busca enfrentar a los campesinos contra los obreros. Se dice a los pequeños campesinos propietarios que nosotros queremos desposeerlos de sus instrumentos de trabajo, de su pequeña porción de tierra.

Esto es una calumnia. El comunismo devuelve la tierra a los cultivadores. Solo serán expropiados los grandes propietarios parásitos, para los cuales la tierra no es más que un capital que hacen valer por el trabajo de otros. En Francia pondremos fin a este escándalo de que las tres quintas partes del suelo sean poseídas por 69000 familias, en tanto

que siete u ocho millones de pequeños campesinos no disponen sino de dos quintos, es decir, de menos de la mitad del suelo francés. (1)

Los pequeños cultivadores que trabajan duro sobre sus tierras comprenderán fácilmente todas las ventajas de la cooperación agrícola, de la adquisición en común de abonos, del uso en común de máquinas, etc.

Los comunistas les facilitarán todos los medios de producción perfeccionados, les iniciarán en los procedimientos del gran cultivo moderno, de gran rendimiento, multiplicando las haciendas modelos comunistas.

Ninguna violencia será empleada hacia los campesinos que viven de su trabajo. Ellos ayudarán a sus hermanos de las ciudades, quienes también, en su mayor parte, son de origen campesino. La solidaridad entre el obrero y el campesino salvará al mundo.

Los campesinos tienen necesidad de los productos de las fábricas. Los obreros tienen necesidad de trigo. Unos tienen, pues, necesidad de otros. Atendiendo al establecimiento, sobre nuevas bases, de una sociedad que no conocerá sino un pueblo productor trabajador, tanto en las vastas fábricas bien aireadas como en los campos con instrumentos perfeccionados, a la vez obrero y campesino, trabajador manual y trabajador intelectual, la ciudad cambiará sin engaños, ni especulación, sus objetos fabricados con la campaña productora de medios de subsistencia.

Son los gordos, los ricos, los privilegiados, los parásitos y sus periodistas a sueldo quienes exitan a los campesinos contra sus hermanos de las ciudades. Mientras que el campesino se bate contra el obrero, el explotador común vacía bolsillos de uno y otro.

(1).—No olvide el lector que traducimos el folleto francés especialmente para los lectores de FRENTE. En el Perú la desproporción es aún mayor. Un puñado de terratenientes criollos y latifundistas extranjeros monopolizan la tierra. El indio, cuya fuente de recursos es el suelo, se encuentra desposeído del mismo, y lo trabaja para los amos en condiciones de servidumbre feudal, y en algunas regiones, de esclavismo absoluto. Por eso, la revolución agraria anti imperialista propugnada por el Partido Comunista arrancará la tierra a este puñado de propietarios criollos y extranjeros, para darla a los cultivadores del suelo, así sean indios, mestizos, blancos, negros, chinos o japoneses.

La paz entre el obrero y el campesino, estos dos brazos de la sociedad productora, es necesaria para liberar a uno y otro del yugo común de los gordos y de los ricos.

IX

El marxismo y la ciencia

Bajo el régimen capitalista, sabios y hombres de letras, ingenieros y técnicos forman casi una casta aparte, al servicio de los hombres de dinero.

Es la domesticidad dorada del capital, los explotados y los asalariados de levita y tarro. La ciencia, respetada en palabra, es la esclava de los ricos en la práctica cotidiana de la vida.

El comunismo emancipará a la ciencia. Le acordará el primer puesto en la sociedad de los productores. Porque comunismo es producción científica. El comunismo no vive sino del trabajo productivo. Cuanto más productivo es el trabajo, o dicho de otro modo, más científicamente organizado, más aprovecha a todos. En la sociedad capitalista, la máquina no es introducida sino cuando al capitalista le sale a cuenta, y no siempre en todos los casos. El comunismo, por el contrario, le sacará siempre provecho. Porque mejorar la situación del productor, hacerlo más independiente y más feliz, he ahí el solo objetivo de la sociedad comunista.

La sociedad capitalista ha hecho de la ciencia un instrumento de asesinato, un arma de destrucción formidable. Fabrica venenos de guerra. Sus batallas son batallas aéreas y químicas.

Inventa máquinas destructoras de una fuerza que sobrepasa toda imaginación. Pronto amenazará destruir toda la humanidad. En una palabra: capitalismo es la destrucción de más en más científica, mientras que comunismo—lo hemos dicho ya—puede definirse como “la producción científica”. La ciencia al servicio de la muerte, es la sociedad capitalista. La ciencia al servicio de la vida y de la salud social, es el comunismo.

El Trabajo y la Ciencia serán los amos solos de la ciudad comunista. La ciencia, reduciendo al mínimo nuestra dependencia con respecto a la naturaleza y a nuestras necesidades, hará al hombre libre y feliz.

El arte embellecerá la vida de los trabajadores. Ornará sus fábricas. Les animará al esfuerzo útil y fecundo. Hoy, el arte

es el juguete frívolo de los ociosos, de los hartos y mantenidos. Un juguete que ellos compran y desdeñan. El arte da un aire de fiesta a la labor y a la vida humana. Eleva al hombre sobre sí mismo y llena la atmósfera social de belleza y alegría. Ata al hombre a la vida por lazos invisibles de encanto y de gracia.

El sabio, el hombre de letras, el técnico, unidos a la familia obrera, desembarazados de las limitaciones y taras profesionales, productores entre los productores, cesan de ser explotadores explotados de un régimen sin dignidad ni belleza y devienen el cerebro y el corazón de la vida social, armoniosa, rica y bien hecha.

El genio no está más amenazado de ingratitud. El sabio original, de la persecución de sus rivales. El inventor encuentra en la sociedad ávida de novedades, el concurso necesario para hacer valer sus invenciones. La sociedad comunista es el triunfo de la ciencia, del arte y del genio inventor y organizador.

X

El marxismo y la paz

La guerra mundial fué consecuencia del régimen capitalista con su lucha por el reparto del mundo, por el mercado mundial, por las zonas de influencia, por las riquezas y la dominación, con sus odios y rivalidades de país a país, de nación a nación, de continente a continente. El régimen capitalista es la guerra interior y exterior. El comunismo es la paz internacional y social.

El comunismo es paz. El comunismo no reconoce sino una sola fuente de riqueza y de bienestar: el Trabajo. Ahora bien, los productores detestan la destrucción. Son los creadores de la vida, enemigos de la muerte y de la ruina. Estas no son frases. La primera revolución social rusa, ha dado espontáneamente la autonomía y la independencia absoluta a todos los pueblos que han aceptado vivir en paz con ella.

Desde que ella se hubo desembarazado del invasor contrarrevolucionario, la revolución comunista ha declarado la paz al mundo.

No piensa sino en la organización del trabajo pacífico. Predica en todas partes la solidaridad de todos los productores. Es profundamente internacionalista. Y su divisa oficial es: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

La sociedad capitalista ha dividido al mundo en Estados

de intereses opuestos, tan pronto aliados unos a otros, tan pronto en guerra abierta. El mundo es pulverizado, "balcanizado" herizado de fronteras y de barreras infranqueables. Los polvorines y las minas situados en casi todas partes, amenazan hacer saltar la civilización capitalista. Estallan conflictos a cada instante. No hay seguridad en ninguna parte. Se habla de paz y se prepara la guerra. Se proclama la necesidad del desarme, mientras se arman a sus anchas.

Apenas la masacre mundial es terminada, cuando se prepara activamente una nueva, todavía más formidable, más atroz. Inglaterra derrotó con la ayuda de Francia y de los Estados Unidos, su último rival económico sobre el continente, Alemania.

Y ya ella vé con espanto surgir al otro lado del océano, un nuevo concurrente, todavía más peligroso para su dominación mundial: los Estados Unidos. Ella *desconfía* del Japón que a su vez quiere dominar el Asia, invadir y subyugar a la China. El conflicto es fatal. Será un terrible choque de los continentes en el que de nuevo todas las naciones, grandes y pequeñas, serán de buena o de mala gana arrastrados. Será una masacre sin precedente, organizada según la última palabra de la ciencia: la guerra de venenos y de flota aérea, en una palabra, una "guerra total", es decir, la destrucción de los hombres, de las mujeres y de los niños.

El mundo no tiene sino un solo medio de evitar esta nueva masacre mundial: la revolución mundial, que reemplazará la lucha de las naciones por la cooperación internacional, la defensa llamada nacional, por la defensa social contra el nacionalismo y la guerra, la propiedad nacional por la internacionalización del mundo, comenzando por los caminos mundiales, océanos, estrechos, puertos, etc.

La propiedad nacional será, después de transiciones necesarias, reemplazada definitivamente por la propiedad internacional. La propiedad privada de los instrumentos de trabajo provoca la guerra civil. La propiedad nacional engendra la guerra internacional. La supresión de estas dos formas capitalistas de propiedad fundará definitivamente la paz externa y la paz interna.

Suprimiendo la causa fundamental de las guerras: la posesión privada y nacional, se suprimirá el efecto, la consecuencia, la guerra!

La humanidad debe escoger entre la continuación del régimen capitalista que conduce a la destrucción, y la revolución organizadora del trabajo internacional sobre las bases de solidaridad y reciprocidad por medio de la sociali-

zación y de la internacionalización de los instrumentos de trabajo.

La guerra mundial puso en relieve esta contradicción flagrante. Ella dijo a los pueblos: "Uds. pertenecen en cuerpo y alma a vuestras patrias. Pero las patrias no os pertenecen. Su suelo, sus riquezas, pertenecen a las minorías privilegiadas. Hacedos matar por la patria. Pero la patria no os hará vivir".

La revolución mundial hará del mundo una sola patria, una e indivisible. En cada país, teniendo en cuenta las particularidades étnicas y lingüísticas, esta asegurará la independencia de cada nación, de cada raza, de cada continente, las que, por medio de una libre cooperación, trabajarán para el progreso y para la felicidad comunes.

El capitalismo de post-guerra es la paz eternamente armada, la inseguridad universal, el triunfo de la barbarie nacionalista, el proteccionismo asesino del comercio y de la industria libres, el paro creciente, la vida horriblemente cara, la desvalorización de la moneda, la quiebra de los Estados, la amenaza perpetua de bancarrota nacional, la atmósfera del mundo envenenada por el odio y el espíritu imperialistas, preparando nuevas carnicerías gigantescas.

El comunismo es el fin de la guerra y de la miseria.

XI

El comunismo a travez de las edades

El comunismo ha existido, como régimen de hecho, durante millares de años en la mayoría de los pueblos. Se consideraba que la tierra era el bien común de las familias o de las tribus, como el aire, como el sol. Actualmente todavía, este comunismo primitivo, existe en algunos puntos del globo.

El comunismo ha hecho vivir millones de seres humanos, durante largos períodos históricos. Ha probado su vitalidad, su posibilidad. Porque ha existido. Y pueblos enteros existían por él.

Pero el comunismo primitivo se distingue del comunismo moderno, por esto: el primero tenía como base la igualdad en la penuria o en la miseria. Sus medios de producción eran primitivos. Dependían más de las fuerzas de la naturaleza de que las dominaran.

El comunismo moderno, por el contrario, supone un amplio desarrollo de las fuerzas productivas, un utilaje mecáni-

co, la gran producción concentrada, una clase obrera consciente y organizada en Partido Político de clase, en sindicatos y en cooperativas.

La colaboración del Partido, de los sindicatos y de las cooperativas es la condición necesaria de la marcha, con la ayuda de la ciencia y de los técnicos, de ese formidable aparato productivo. El comunismo moderno toma prestado del capitalismo su base técnica, sus cuadros, sus directores administrativos, sus ingenieros, sus técnicos y los pone al servicio de la comunidad obrera. Nosotros no podemos entrar en los detalles de la organización comunista, la que por otra parte se adaptará a condiciones locales y nacionales, extremadamente variadas.

Las lecciones fecundas de la Revolución Rusa nos servirán grandemente. Es suficiente decir que la gran producción capitalista nos entregará ya listas las condiciones técnicas mejores para la nueva organización. La máquina está bien montada. Es suficiente hacerla marchar en provecho de todos.

La producción es colectiva. Es preciso que el beneficio sea igualmente colectivo: el proletariado tiene mil medios de organizar la administración, el control y la repartición: concejos obreros, comités de fábrica, sindicatos, cooperativas, etc. etc. Es la práctica misma la que determinará el rol respectivo de estos engranajes. No hay ninguna dificultad insuperable para la sociedad basada en el trabajo y no en el provecho.

El porvenir decidirá sobre lo que se refiere a los procedimientos particulares y a las formas particulares de organización.

A medida que nos acercamos a la realización comunista, podemos prever su plan general y sus directrices decisivas.

Como doctrina, el comunismo ha pasado por dos grandes períodos: 1º el período utópico; 2º el período científico.

El más grande filósofo idealista, el griego Platón, ha fundado hace cerca de 25 siglos el primer sistema de comunismo utópico. El comunismo del período utópico ignora la lucha de clases.

Se dirige, como los reformistas de nuestros días, a la buena voluntad de las clases dominantes. Hace un llamado a la justicia, a la razón, al buen sentido. Se pone a la búsqueda de un buen tirano, de un rey filósofo, para realizar en nombre de la filosofía, la Ciudad ideal.

Dos mil años después de Platón volvemos a encontrar las

utopías comunistas de un canciller inglés, Tomás Moro (1478-1535) y en el italiano Campanella (1568-1639) ambos mártires de sus convicciones religiosas y filosóficas, de su extrema independencia de carácter.

A principio del siglo XIX vemos a Saint-Simon, de origen aristocrático, desarrollar con brillo una nueva filosofía social que ponía la industria, el trabajo pacífico, en la base de la reforma social. Tenía por fin "el mejoramiento físico, intelectual y moral del mayor número", es decir, de la clase de los productores.

Saint Simon, que ha gastado para sus estudios y sus ideas una fortuna considerable, fué el fundador de la escuela "saint-simoniana". Tuvo discípulos notables (Enfantin, Bazard y otros). Saint Simon fué el precursor del socialismo científico. Porque buscaba basar la reforma social sobre la evolución histórica, sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, sobre hechos y no sobre sueños.

El porvenir sale de las entrañas del pasado y del presente como el niño de las entrañas de su madre. El capitalismo, con todas sus consecuencias, engendra el socialismo.

Entre los otros precursores del socialismo moderno, es preciso mencionar: Roberto Owen, el padre de la cooperación en Inglaterra. Owen buscó demostrar por hechos y experiencias sociales, esta verdad: que el carácter del hombre es modificable y cambia con el medio, con las instituciones sociales. Para transformar al hombre es preciso comenzar por cambiar sus condiciones de existencia. Es la evidencia misma.

El francés Carlos Fourier y su escuela han dado la crítica genial de nuestra sociedad basada sobre el desperdicio y la dispersión de fuerzas.

Fourier buscaba la organización armoniosa de la sociedad sobre las bases de la cooperación y del trabajo variado y atrayente. No rechazaba las pasiones humanas pero buscaba utilizarlas para dar a la vida una amplitud particular. Buscaba la armonía y la economía del trabajo humano. El trabajo fatigante, el trabajo-pena es reemplazado en Carlos Fourier por el trabajo-alegría.

P. J. Proudhon ha hecho una crítica despiadada de la propiedad robo y del Estado autoritario. Anuncia las capacidades políticas de la clase obrera orgullosa, digna e independiente.

Luis Blanc denunciaba la concurrencia y la anarquía capitalistas y reclamaba la organización racional del trabajo. Fué el primer socialista que participó el poder burgués vol-

teándose y combatiendo, con los versalleses, la comuna de París, en 1871.

Con el Manifiesto Comunista de Carlos Marx y Federico Engels (1847) comienza un nuevo período socialista: el del socialismo científico. El socialismo científico es un socialismo de clase.

Tiene como base teórica, el estudio de las fuerzas productoras, el conocimiento de la economía que determina las formas políticas y la «ideología» de la sociedad.

La lucha de clases es su base práctica. El proletariado es el centro de la acción. El estudio de la sociedad capitalista nos muestra que nuevas fuerzas productivas preparan en conjunto las bases técnicas del régimen comunista—y la fuerza revolucionaria que dará al capitalismo el golpe mortal: el proletariado! El socialismo científico no se dirige a la buena voluntad de las clases dominantes, sino a la conciencia de clase del proletariado revolucionario.

Después de Babeuf y de los babeuvistas, después de Blanqui y los blanquistas, pero con más precisión, la Escuela marxista preconiza la conquista revolucionaria del poder político, la dictadura de la clase obrera.

La Escuela marxista ha dado, en todos los países, toda una serie de doctrinarios y de militantes comunistas de primera fila.

Nosotros no podemos citar sino un pequeño número: En Alemania F. Lassalle (en parte, solamente, discípulo de Carlos Marx) Liebknecht padre e hijo, Bebel, Carlos Kautsky, Mehring, Rosa Luxemburgo; en Francia, Julio Guesde, Pablo Lafargue, Gabriel Deville, Ed. Vaillant; en Rusia, Plejanov, Azevold, Lenin, Trostky, Martov, etc. Una parte de estos teóricos, como Carlos Kautsky, Plejanov, Julio Guesde y otros, han abandonado la concepción de la lucha de clases durante la última guerra mundial, sacrificándola a la pretendida «unidad» nacional.

Al lado de la Escuela marxista se coloca la Escuela idealista: Benoit Malon, Pedro Lavrof y Juan Jaurés. Los dos últimos buscaban, por otra parte, una síntesis, una conciliación del socialismo marxista y del socialismo idealista.

Proudhon es el padre del comunismo libertario o anarquismo. Pertenecen a esta escuela: Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, Juan Grave, Malatesta, para no citar sino a los más célebres.

Bajo la influencia de Proudhon, Jorge Sorel y F. Pelloutier fundaron la doctrina del sindicalismo revolucionario que substituye el sindicato al partido como factor revolucionario.

En lo que concierne a Proudhon, ha sido anticomunista. Marx ha dado en su Miseria de la Filosofía una crítica científica del proudhonismo.

La primera gran revolución comunista, la revolución rusa, se liga, teórica y prácticamente, a la gran Escuela marxista. Es el proletariado organizado quien tiene la dirección del movimiento.

Es gracias al realismo marxista que la revolución rusa se encuentra capaz de adaptarse a las circunstancias, siempre nuevas y a situaciones tan variadas como complejas. Es bajo la bandera marxista que fué fundada la I Internacional (1864). Es traicionando la idea marxista de la "lucha de clases" que la II Internacional ha tenido, en 1914, una caída lamentable. Y es efectuando un retorno decisivo a la pura doctrina marxista que la III Internacional, fundada en 1919, conducirá al proletariado universal a la victoria definitiva.

X

En el aniversario de la Comuna de París

I.—La Comuna de París, primera tentativa de dictadura proletaria

La Comuna de París fué la primera revolución proletaria: en marzo de 1871, por primera vez en la historia, los obreros conquistaron el poder y crearon el prototipo del primer Estado proletario.

A pesar de su número reducido, a pesar de no estar organizados ni preparados, a despecho de todas las insuficiencias de la dirección y de algunos errores, los obreros de París supieron dar a su revolución un carácter socialista, intentando instaurar un tipo de Estado fundamentalmente nuevo.

La Comuna de París es la primera tentativa de una dictadura proletaria, una tentativa incompleta aún, pero que fecundó la lucha del proletariado por el poder, con inestimables experiencias revolucionarias.

Lenin escribía que la Comuna de París "ha enseñado al

proletariado europeo a plantear las tareas de la revolución socialista de una manera concreta" y subrayó que Marx y Engels dedujeron la idea concreta de la dictadura proletaria, de las experiencias de la Comuna de París.

II.—La Comuna de París, la Revolución de Octubre y la Guerra

La insurrección de los obreros de París fué la respuesta a la tentativa de la burguesía de traicionar al París revolucionario, con el fin de impedir el desenvolvimiento de la lucha de clases.

Las masas trabajadoras que, al principio, quisieron defender la revolución contra las tropas prusianas, se convencieron en el curso de los acontecimientos, de que la Revolución estaba amenazada en primera línea por la burguesía francesa.

"¡Los verdugos prusianos, llegados para vengarse al foco de la revolución, tuvieron que detenerse respetuosamente y en guardia ante esta revolución armada!" (Engels).

La Comuna de París que, bajo los golpes de graves derrotas de guerra, forjó la espada de la revolución, indicó al proletariado internacional la salida del infierno de la matanza imperialista de los pueblos que duró 4 años. A la consigna: "Guerra hasta el fin" impuesta a las masas trabajadoras por la burguesía y los reformistas de todos los países. Lenin opuso la consigna: "¡Transformación de la guerra imperialista en guerra civil!" Y, siguiendo este llamamiento, los obreros rusos volvieron sus fusiles contra su propia burguesía.

A ejemplo de la Comuna de París, la Revolución de Octubre opuso a sus enemigos interiores y exteriores la fuerza del pueblo armado y rompió todo el aparato del antiguo ejército.

La causa de las debilidades de la organización militar de la Comuna de París, fué el principio del voluntariado, sobre el cual se basaba su ejército y la ausencia de una dirección firme y centralizada. Esto condujo a la desorganización de las operaciones de guerra, a pesar de la asombrosa bravura, a pesar del valor heroico de los combatientes de la Comuna.

Si la Guardia Nacional y los Federales cercados por los enemigos aliados—las guardias blancas de Versalles y los bandidos prusianos—no supieron tener París más que 71

días, la Guardia Roja de los Soviets reorganizada en ejército rojo, supo más tarde, gracias a su clara dirección política, firme y centralizada, así como gracias a su disciplina de hierro, defender durante 11 años el país de los Soviets contra el asalto combinado de las guardias blancas rusas, de las hordas alemanas, francesas, checoslovacas, polacas, americanas y japonesas.

La Comuna de París sustituyendo el pueblo en armas al ejército permanente y a la policía burguesa, transformó el instrumento burgués más poderoso de opresión de los trabajadores, en un arma de lucha para el nuevo orden socialista. A la Unión Soviética le correspondió terminar esta tarea.

El Ejército Rojo es, no solamente un arma poderosa para la defensa de la Unión Soviética, sino también el factor más considerable para la educación cultural y política de las masas campesinas atrasadas. Al educar el Ejército Rojo a las guardias rojas para la defensa del Estado proletario, al mismo tiempo que para el pacífico trabajo de la edificación socialista, hace soldados de la revolución internacional, siempre prestos a tender una mano de auxilio a los trabajadores de todos los países en su lucha por la dictadura mundial del proletariado.

El peligro de nuevos conflictos guerreros está suspendido como una espada de Damocles sobre el mundo capitalista. La tarea esencial en la situación actual es luchar contra las ilusiones patrióticas, contra el engaño de las masas con consignas pacifistas.

Acerca de los errores de la Comuna de París, Lenin escribía:

“El fatal error de los socialistas franceses consiste en la ligazón de actitudes contrarias, del socialismo y el patriotismo”. “Al proletariado le corresponde luchar para la emancipación socialista del trabajo del yugo del capital”.

El día del aniversario de la Comuna de París, nuestra consigna es: “¡Trabajadores, estad prestos a transformar la nueva guerra imperialista en guerra civil!”

III.—La Comuna de París, prototipo de la Unión Soviética

La Comuna de París representa un tipo de Estado abso- lutamente nuevo, sin precedente en la historia.

“El París de los obreros, escribía Marx, será festejado

siempre, como el glorioso precursor de la nueva sociedad".

Durante los primeros días, la Comuna de París estuvo indecisa, tanto en el terreno político exterior como en el social y económico. Pero la lógica de la lucha de clases la empujó rápidamente a la destrucción de los antiguos fundamentos de la sociedad burguesa y a la creación de formas absolutamente nuevas de administración y de organización de los trabajadores.

A medida que en la lucha contra la burguesía, la base social de la Comuna tomaba un carácter de clase cada vez más claro, se ampliaba también su programa que contenía una serie de reivindicaciones fundamentales.

He aquí lo que la lucha revolucionaria debe a la Comuna de París:

A diferencia de la república parlamentaria burguesa, la Comuna unió las dos funciones del poder del Estado, los poderes legislativo y ejecutivo.

En la base del nuevo Estado había el principio de la democracia obrera, la delegación de verdaderos representantes de todo el pueblo trabajador en los órganos del gobierno, así como el principio de la elegibilidad de todos los funcionarios sin excepción.

Una serie de medidas de la Comuna no son más que la finalización de la revolución democrático burguesa: la separación de la Iglesia y el Estado, la creación de escuelas laicas, la protección y la asistencia a las mujeres y a los niños indigentes, el reconocimiento del matrimonio no legitimado. Pero esta terminación de la revolución burguesa no fué posible más que en una situación de revolución proletaria, puesto que la burguesía no conduce jamás por sí misma sus propias revoluciones hasta el fin, ya que se esfuerza siempre por poner la libertad conquistada, al servicio de sus únicos intereses de clase.

La Comuna de París realizó un nuevo tipo de democracia proletaria, una democracia para los trabajadores, cuyos órganos administrativos son, no solamente órganos para los trabajadores, sino órganos de los trabajadores mismos.

La trágica caída de la Comuna de París interrumpió en sus comienzos su actividad para crear la nueva sociedad socialista.

Los principios de la Comuna, aplastados por el tacón de la reacción, fueron denigrados como no viables, a pesar de su alta apreciación por Marx. La herencia de la Comuna de París fué olvidada casi durante 40 años.

El período consecutivo, el de la II Internacional se en-

contró bajo el signo del trabajo "pacífico y legal", de la unión y de la consolidación de amplias capas proletarias. La II Internacional que, en el curso de esta coexistencia pacífica con el orden capitalista, se dió cada vez más al oportunismo, rechazó el trágico espectro de la Comuna de París.

La Revolución de Octubre de 1917 fué la continuadora y la heredera de la gran causa de la Comuna de París. Bajo la dirección de Lenin y de su Partido, el poder soviético resucitó a una nueva vida el espíritu revolucionario y las gloriosas tradiciones de la Comuna de París.

Lenin concedió una considerable importancia a las experiencias de la Comuna de París, las estudió minuciosamente, se refirió a ellas varias veces en sus trabajos y en sus discursos, sobre todo, durante la organización del poder soviético. En 1917, al redactar las famosas tesis de abril, en las cuales echó las bases del nuevo tipo de Estado, escribía:

"Los puntos principales son: 1) sobre el imperialismo y la guerra imperialista; 2) sobre nuestra actitud respecto al Estado y nuestra reivindicación de un "Estado Común"; es decir, de un Estado según el tipo de la Comuna de París".

Después de la Revolución de Octubre, Lenin volvió de nuevo sobre las experiencias de la Comuna de París y las comparó a la realidad soviética:

"La democracia soviética, es decir, la democracia proletaria ha nacido en Rusia. Después de la Comuna de París, se da ahora un segundo paso de una importancia histórica mundial.

La República soviética de los proletarios y de los campesinos se ha mostrado como la primera república socialista estable. No puede morir; no se encuentra aislada en tanto que nuevo tipo de Estado".

IV.—Los errores de la Comuna de París corregidos por el poder soviético

La Revolución de Octubre y el poder soviético tuvieron en cuenta las experiencias de la Comuna de París, sus conquistas y sus errores.

La Revolución de Octubre pudo vencer, el poder soviético pudo desenvolverse y ponerse a construir el socialismo, solamente porque existía un partido comunista sólido, aleccionado por sus luchas y sus derrotas, que conquistó la confianza de las masas y siguió una línea clara y neta en la lucha de clases.

El hecho de que la Comuna de París, después de la toma del poder, no tomase ninguna medida para aplastar implacablemente la contrarrevolución versallesa, se debe a la ausencia de un fuerte partido de línea política clara.

Fué cometida la misma falta por el Comité central de la Guardia Nacional, que se apresuró a entregar el poder conquistado por medios revolucionarios a la Comuna de París "salida del sufragio universal" y que perdió así un tiempo precioso para aplastar la contrarrevolución.

Al contrario de la Comuna de París, la Revolución de Octubre comenzó inmediatamente con la realización enérgica del programa de la dictadura proletaria. Puso fin a la guerra y se atrajo así las simpatías más ardientes de las masas trabajadoras, sobre todo, de los campesinos.

En lugar de la "generosidad" de la Comuna con respecto al enemigo, que a guisa de agradecimiento se vengó cruelmente después de su victoria, el poder soviético emprendió inmediatamente una decidida ofensiva contra la burguesía hostil al nuevo orden.

La Comuna de París no podía decidirse a atacar a la sacrosanta propiedad privada capitalista, a poner las manos en el Banco del Estado.

Al revés de este "respeto" hacia la propiedad de la clase adversaria, el poder soviético demolió las bases de la dominación de la clase enemiga nacionalizando las empresas industriales y comerciales, todo el sistema bancario, los transportes y la propiedad agraria. Así, la dirección de la vida económica del país, fué absolutamente arrancada de la burguesía.

La Comuna de París no podía hacer más que débiles tentativas para resolver la "cuestión obrera" (trabajos de urgencia para los sin trabajo, conciliación en los conflictos entre patronos y obreros, entrega de las empresas "sin patrono" a las cooperativas obreras).

La Revolución de Octubre solucionó esta cuestión de la manera más radical, realizando consecuentemente la revolución económica.

El poder soviético "expropió a los expropiadores", arrebatándoles los medios materiales para la organización inmediata de la contrarrevolución. Para procurarse estos medios, les fué necesario dirigirse a la burguesía extranjera, lo que permitió a la joven república soviética aprovechar esta tregua para reforzarse y para tomar medidas defensivas.

Lucha decidida contra el enemigo de clase en el frente, implacable destrucción de los conspiradores y espías en el interior del Estado soviético—terror rojo de masas contra te-

rror blanco—tales son las medidas que aseguraron la victoria del proletariado de Rusia.

La energía de esta lucha es hoy todavía objeto de la rabia feroz de la burguesía y de sus lacayos reformistas, que consideran el aniquilamiento físico de los enemigos de clase, como el privilegio legal de la clase burguesa. Del proletariado y de las clases trabajadoras dirigidas por él exigen, al contrario, “un tratamiento humano y misericordioso” para los tiranos y los sanguinarios explotadores.

Al aislamiento de la Comuna de París que condujo a su caída, el proletariado ruso opuso una estrecha alianza con los campesinos trabajadores y las minorías nacionales de su país. Todavía más: a pesar de 4 años de interrupción de sus relaciones internacionales a causa del bloqueo dirigido contra la República Soviética, los soviets han podido reanudar las relaciones fraternales con los trabajadores de los demás países.

Después de la instauración de la dictadura del proletariado en la vida política y económica de nuestro país, el poder soviético se ha consagrado a restaurar la economía nacional, no en interés de algunos grupos de la población, sino en interés de todas las masas trabajadoras, y esto sobre la base socialista, excluyendo toda posibilidad de explotación del hombre por el hombre.

El día del aniversario de la Comuna de París, nuestra consigna es: “¡Consagrar todas nuestras fuerzas a la defensa de la Unión Soviética, centro y ciudadela de la Revolución mundial, contra el atentado de los bandidos capitalistas!”

V.—De la Unión Soviética a la Comuna mundial

La experiencia de la lucha y del trabajo constructor de la Comuna de París constituyen la base de la Revolución de Octubre y del trabajo de edificación en la Unión Soviética. Las experiencias de la Revolución de Octubre en la Unión Soviética serán la base de la lucha por la dictadura mundial del proletariado y por la organización de la Comuna mundial.

Cuanto más progresa la Unión Soviética en la vía de la edificación socialista, más grande se hará la voluntad de las masas trabajadoras del mundo entero de repetir las experiencias de la Comuna de París y de la Revolución de Octubre y más fácil será la victoria sobre el capital mundial.

En marcha hacia el socialismo, he aquí cuáles son las tareas que se plantean ante la Unión Soviética:

1) Alcanzar y adelantar a los países capitalistas creando una industria pesada como base de la edificación socialista; realizar una industrialización y una electrificación rápida del país, así como la mecanización de la agricultura.

2) Reemplazar la pequeña economía campesina parcelaria, por grandes economías colectivas.

3) Organizar integralmente la población en las cooperativas.

4) Hacer que participen hasta el máximo en la dirección de la industria, con ayuda de los sindicatos, las masas obreras.

5) Terminar la revolución cultural y transformar completamente el sistema de vida de las masas trabajadoras.

En marcha hacia la revolución mundial, el proletariado internacional sabrá tener en cuenta las experiencias de la Comuna de París, de la Revolución de Octubre y del trabajo de edificación socialista del poder soviético.

El capitalismo se encuentra en el período de estabilización frágil, podrida, caracterizada hoy por un crecimiento rápido de las contradicciones capitalistas, contradicciones que no dejarán de quebrantar la estabilización. Se aproxima una nueva ola revolucionaria.

Actualmente, el proletariado internacional dispone de un potente instrumento para el trabajo revolucionario: la Internacional comunista, que ha unido a los partidos comunistas de masas del mundo entero y posee una experiencia de once años de luchas revolucionarias.

En marcha hacia la revolución mundial, las tareas del proletariado internacional son:

1) Consolidación de los partidos comunistas por los mejores proletarios y defensa de los combatientes revolucionarios contra las persecuciones y el terror de la burguesía.

2) Depuración de sus filas de los oportunistas y de los traidores a la clase obrera, lucha implacable contra los Galiffet social-demócratas, contra los Noske y Scheidemann, contra la agencia social-imperialista de la burguesía en el seno del proletariado, contra el Apra y los apristas.

3) Concentración de todas las fuerzas para la lucha decidida e implacable contra el enemigo de clase, realización del frente único revolucionario del proletariado en escala industrial.

4) Alianza con los trabajadores campesinos y con los pue-

blos coloniales oprimidos, para derribar la dominación capitalista.

5) Agrupamiento de todos los obreros revolucionarios y de todas las organizaciones proletarias revolucionarias, bajo la bandera de la Internacional comunista que, desde hace 13 años, está en las primeras filas de la lucha contra el capital internacional y que es la única que continúa y realiza las gloriosas tradiciones de la Comuna de París.

El día del aniversario de la Comuna de París, he aquí cuál debe ser la consigna: "¡Por el Octubre mundial, a la Comuna mundial!"

Bajo la bandera de la III Internacional, que aplica una clara línea leninista y que depura sus filas de todo oportunismo, solamente bajo la bandera de la Internacional comunista leninista podrá el proletariado desplegar una ofensiva victoriosa contra la burguesía mundial e instaurar el poder soviético en el mundo entero.

NICANOR A. DE LA FUENTE

Lenín!!

había un clamor de fábrica
i de campo,
en cada una de las cinco letras,
por las que bajó su nombre a nuestro barrio,
cuando en la adolescencia comunista de América se supo
que venía de conquistar un pueblo para el pueblo.

el mundo sacudió una gritería de justicia
social i el proletariado
de las huelgas políticas
sobre la arena militante del día
dibujaba a lo largo la bandera de su nombre

L E N I N

más allá los casquillos explotaban
en una carcajada de fusilería.

pero entre el ir i venir del tráfico político
es guía i paso firme
es luz
es vida
es hombre
es la proclama de las revoluciones populares,
i la gran llamarada que ilumina el corazón
de los trabajadores.

ahí están los siglos soportando su ausencia
amontonando tiempo i tiempo sobre su muerte
vigilando la gran batalla de su locura máxima
i genial
hasta hacer que el mundo pare
su matemático jadear de reloj
para escuchar lo que aún sigue diciendo
su pensamiento.

ahí están todavía de pie
haciendo guardia a su recuerdo
los obreros de todos los barrios del mundo
mientras que nosotros los pobres de la América
ya ni sabemos que hacer con nuestra historia
encharcada de infancia i primitivismo capitalista.

hay un clamor de fábrica i de campo
en cada una de las 5 estratégicas letras
de su nombre
tras la que se atrinchera el grito
la protesta

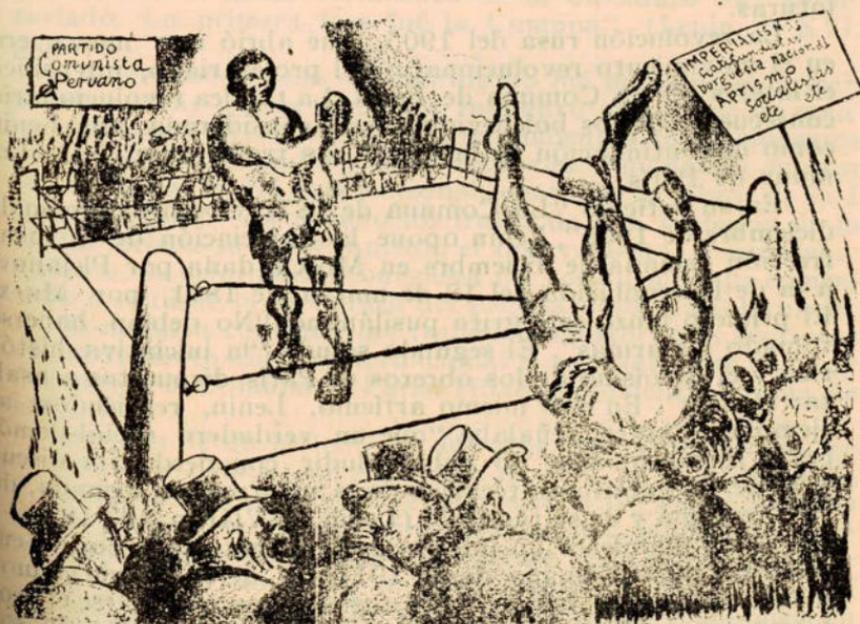
i la esperanza magnífica
de nuestro corazón.

Las lecciones de la Comuna de París para las luchas actuales del proletariado

Vamos a celebrar este año el 61 aniversario de la Comuna de París. La experiencia de esta primera revolución proletaria fué, desde el principio atentamente estudiada por Marx y Engels.

“En el movimiento revolucionario de masas, él (Marx) veía una experiencia histórica de una importancia considerable, un paso adelante de la revolución proletaria mundial. Organizar esta experiencia, extraer de ella todas las enseñanzas tácticas, revisar su doctrina sobre la base de esta experiencia, así es como Marx concebía su tarea” (Lenin, Obras Completas, T. XIV, pág. 325).

Desde entonces, el movimiento socialista internacional ha recorrido toda una etapa, larga y compleja, de su desenvolvi-



Clase contra clase

miento. La derrota de la Comuna fué muy pronto seguida de la disgregación de la I Internacional (1864-1872), que "había puesto los fundamentos de la organización internacional de los obreros para la preparación de su ofensiva revolucionaria contra el capital.

Fué reemplazada por la II Internacional (1889-1914) que "fué una organización internacional del movimiento proletario, cuyo desenvolvimiento fué una extensión en superficie, lo que no dejó de determinar una rebaja temporal del nivel revolucionario, un temporal refuerzo del oportunismo y condujo finalmente a la vergonzosa derrota de esta Internacional" Lenin, T. XXI, pág. 181-182).

En esta época de "conquistas pacíficas", de entusiasmo por el parlamentarismo, de estricta observación de la legalidad y de total renuncia a los métodos de las luchas revolucionarias, la experiencia de la Comuna de París era considerada como sobrepasada y fué olvidada.

En el momento de los aniversarios de la Comuna, los socialistas de la II Internacional la recordaban, admiraban el heroísmo de sus combatientes, maldecían a sus verdugos, pero se negaban a ver en ella el prototipo de las revoluciones futuras.

La revolución rusa del 1905, que abrió una nueva era en el movimiento revolucionario del proletariado, intensificó el interés por la Comuna de París. La táctica revolucionaria consecuente de los bolcheviques, era considerada por Lenin como la continuación de las gloriosas tradiciones de la Comuna de París.

En su artículo "La Comuna de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905", Lenin opone la apreciación de la insurrección armada de diciembre en Moscú, dada por Plejanov, a la de la revolución del 18 de marzo de 1871, por Marx. El primero lanzó este grito pusilánime: "No debían haberse tomado las armas". El segundo saludó "la iniciativa histórica y el heroísmo de los obreros de París, dispuestos a asaltar el cielo". En este mismo artículo, Lenin, refiriéndose al ejemplo de Marx, señalaba "que un verdadero social-demócrata revolucionario no debía eludir con desdén la discusión de las cuestiones técnicas de la insurrección armada, de su estrategia y de su táctica". (Lenin, T. VIII, p. 193 197).

Lenin manifestó un interés especialmente vivo por las enseñanzas de la Comuna desde 1917, es decir, desde el momento en que los bolcheviques rusos vieron plantearse el problema extraordinariamente complejo de una revolución socialista, no democrática.

Desde entonces, la Comuna interesaba a Lenin, como una de las formas que puede revestir la dictadura del proletariado. Puede decirse sin riesgo de exageración, que toda la doctrina de Lenin sobre el Estado y la dictadura del proletariado en tanto que etapa transitoria del paso del capitalismo al socialismo integral, que toda esta doctrina expuesta por él en el folleto "El Estado y la Revolución", está esencialmente basada en el más minucioso estudio de la experiencia de la Comuna de París y en el análisis de la apreciación que dieron de ella Marx y Engels.

El proletariado ruso guiado por su jefe genial, aprovechó la experiencia de la Comuna de París en el momento de la revolución de Octubre, tanto desde el punto de vista teórico, como desde el punto de vista práctico. Combinando las enseñanzas de la Comuna de París con las de la revolución de 1905 y con todo el movimiento obrero revolucionario, los bolcheviques rusos han sabido utilizar todo lo que dió de nuevo la primera revolución proletaria, evitando al mismo tiempo sus errores. "El poder de los soviets—escribía Lenin en 1919—representa la segunda fase o etapa histórica y mundial en el desenvolvimiento de la dictadura del proletariado. La primera fase fué la Comuna". (Lenin, T. XVI, pág. 7).

La revolución rusa de Octubre no fué más que el principio de nuevas luchas de clases. Inauguró una época de revoluciones proletarias y de nuevos movimientos revolucionarios en los países coloniales y semi-coloniales. Emanando de esta nueva época, la III Internacional, continúa la obra de la I Internacional, y recogiendo los frutos de los trabajos de la II, ha rechazado resueltamente el oportunismo, el socialchovinismo, la deformación burguesa del socialismo y ha comenzado a realizar la dictadura del proletariado. La Internacional Comunista continúa las tradiciones históricas y gloriosas del movimiento obrero internacional y especialmente las tradiciones de la Comuna de París. (Preámbulo del Programa de la I.C.)

Después de un período de derrotas del proletariado en una serie de países (con excepción de la U. R. S. S. donde la dictadura del proletariado se reforzaba, 1918-1923) después de un período de parcial estabilización del capitalismo, hemos entrado ahora en una tercera fase de la revolución proletaria, caracterizada por un paso resuelto a la ofensiva socialista en la U. R. S. S., por una intensa crisis económica en los países capitalistas, por la amenaza de una dictadura fascista en toda una serie de países (Alemania), por una nueva

ola revolucionaria, tanto en los países capitalistas, como en los países coloniales y semi-coloniales. En estas nuevas condiciones el proletariado mundial, ve plantearse ante él las tareas estratégicas y tácticas más complejas, cuya realización no será posible más que a la luz de la experiencia de todas las revoluciones proletarias y democrático-burguesas precedentes.

Pero las enseñanzas de la primera revolución proletaria, la Comuna de París, de sus errores sobre todo, conservan su importancia, también en nuestros días, para los países donde la revolución proletaria o la revolución democrático-burguesa, está todavía por hacer.

Lo que fué la debilidad de la Comuna de París, fué sobre todo la insuficiente madurez del proletariado francés de aquella época, resultado de un insuficiente desenvolvimiento de las relaciones capitalistas en la Francia de entonces. La víspera de la revolución de marzo, el heroico proletariado parisiense no poseía un partido comunista compacto, armado de la teoría marxista y estrechamente ligado a las masas. La influencia de las ideas marxistas en la Francia de entonces, era mínima.

A la dirección del movimiento proletario pretendían, de una parte, los blanquistas, que se apoyaban menos en los obreros que en los intelectuales de tendencias revolucionarias, subestimaban el papel de la evolución económica, no comprendían que la dictadura revolucionaria no puede apoyarse en una minoría, por muy llena de iniciativa que esté, y que la táctica del proletariado en la revolución socialista, no puede ser una simple reedición de los métodos plebeyos de 1793, manifestaban tendencias al "putchismo", a la acción revolucionaria prematura, sin tener en cuenta de una manera suficiente la situación política de Francia. Por otra parte, los prudhonianos, que sufrían en cierta medida la influencia de Bakunin, ejercían a su vez una influencia considerable en los medios proletarios de vanguardia de París. El Consejo federal de las secciones parisienses se hallaba en manos de este ala de derecha oportunista de la I Internacional. Los prudhonianos negaban la necesidad de la lucha política y de la dictadura del proletariado como etapa transitoria precedente a la instauración de la sociedad socialista. Las federaciones parisienses no tenían ni programa obligatorio, ni línea táctica determinada.

Y en fin, faltaban la unidad y la centralización. De esta suerte, en su lucha heroica, el proletariado no tenía la dirección necesaria, lo que debía tener fatalmente su repercusión

en los destinos de la primera revolución proletaria. En su folleto *La Enfermedad Infantil del Comunismo*, Lenin escribía: "Se necesita una centralización y una disciplina estrictas en el seno del partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz—sangrienta o no, violenta o pacífica—contra el poder de las tradiciones de la vieja sociedad, contra la fuerza de inercia de millones y millones, la más terrible fuerza. Sin un partido aguerrido y templado en la lucha, sin un partido que tenga la confianza de todo lo que haya de honrado en la clase que lucha, sin un partido que sepa siempre darse cuenta del estado de espíritu de las masas e influenciarlas, es imposible sostener con éxito tal lucha". (Lenin, T. XVII, pág. 136).

Tal es la causa esencial que explica por qué el proletariado parisiense en revolución, guardó el poder solamente 72 días. Pero, además de esta causa primordial, hay toda una serie de otras razones particulares que precipitaron ciertamente la derrota.

La ausencia de la indispensable dirección, bajo la forma de un partido proletario consecuente desde el punto de vista marxista, provocó una serie de errores tácticos. A pesar de las advertencias de Marx, el proletariado y los socialistas franceses se dejaron cegar por las ilusiones patrióticas burguesas. Después de la revolución del 4 de setiembre, rechazaron durante mucho tiempo la lucha de clases en nombre de la concentración de todos los esfuerzos para la lucha contra el enemigo exterior, contra los prusianos. "El error fatal de los socialistas franceses consistió en la mezcla de tareas contrarias, patriotismo y socialismo". (Lenin, T. XVII, pág. 509).

Este mismo error fué cometido por los social patriotas de la II Internacional a principios de la guerra imperialista. Si los prudhonianos, con sus tendencias oportunistas, no participaron en la lucha política después de la revolución del 4 de setiembre, los blanquistas se lanzaron en aventuras prematuras — insurrecciones del 31 de octubre y del 22 de enero de 1871 — en una época en que no se habían realizado todavía todas las premisas necesarias para el éxito de la revolución proletaria, lo que fué la causa del fracaso de estos movimientos.

Al mismo tiempo, la experiencia de la Comuna de París muestra que existe en el desenvolvimiento de la lucha de clases, momentos en que el proletariado está obligado a responder con la insurrección a las provocaciones del enemigo de clase, en que, no aceptando la lucha, corre el riesgo de

una derrota peor que la que hubiera podido sufrir en la lucha. Cuando en marzo de 1871 Thiers impuso la lucha a los obreros parisienses y la insurrección se transformó en una realidad, Marx, a pesar de los malos presagios, saludó con entusiasmo "a los parisienses dispuestos a asaltar el cielo". Si, durante la traidora incursión de Thiers, cuyo objeto era apoderarse de las armas del proletariado de París, los obreros se las hubiesen dejado arrebatadas sin combate, el efecto nefasto que hubiera provocado tal debilidad del movimiento proletario hubiera sido mucho más grave que las pérdidas sufridas por la clase obrera en su lucha cuando defendía sus armas". (Lenin, T. XI, 2. parte, pág. 511).

La revolución del 18 de marzo fué victoriosa, pero el error del Comité central de la Guardia Nacional, que dirigía la insurrección, consiste en que permitió al gobierno y a sus tropas abandonar libremente París, que no aprovechó la demoralización del ejército gubernamental, para organizar inmediatamente la marcha sobre Versalles y llevar la revolución más allá de los límites de la capital, que no se apoderó del fuerte del Mont-Valerien, extraordinariamente importante desde el punto de vista estratégico, y que, por lo tanto, dejó al gobierno de Thiers una larga tregua que el gobierno aprovechó para utilizar y reorganizar la retaguardia y mejorar la disciplina. Cuando, a principios de abril, la Comuna se decidió por fin a una primera salida seria, era demasiado tarde. Tenía ante sí un enemigo de fuerzas superiores. "Cuando ellos (los parisienses)—escribía Marx a Kuglemann—hayan sido vencidos, no podrán recurrir más que a su "magnanimidad". Hubiera sido preciso marchar sobre Versalles inmediatamente después de la huida de Vinoy y de los elementos reaccionarios de la Guardia Nacional. Se ha dejado pasar el momento por escrúpulos, no queriendo comenzar la guerra civil, como si Thiers, este monstruo degenerado, no la hubiese desencadenado ya con su intento de desarmar París". (Marx, Cartas a Kuglemann, pág. 88).

"Es indudable que la caída de la Comuna, escribía Lenin, se debió únicamente a que no utilizó suficientemente, en el momento oportuno, la fuerza armada". (Lenin, T. XV, pág. 82).

"Era necesario exterminar al enemigo", dice Lenin otra vez a propósito de la Comuna de París. (Lenin, T. XI, 2. parte, p. 51).

Los dirigentes de la primera revolución proletaria, y en primer lugar, los miembros de la Internacional, estaban todavía llenos de ilusiones democráticas. No comprendían que

ni siquiera en una república democrática el papel de las masas consiste únicamente "en designar cada tres o seis años al representante de la clase dominante que hablará en nombre del pueblo en el Parlamento y que le amordazará" (Marx); que la democracia burguesa reviste hoy el carácter de una dictadura de la burguesía. (Lenin, T. XVI, pág. 41). Era bastante ingenuos para pensar que una vez obtenidas las franquicias comunales, los antagonismos sociales desaparecerían por sí mismos y la burguesía capitularía sin combate. Por eso estaban dispuestos a conceder a todos los ciudadanos, sin distinción de clases, el derecho de voto, la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de asociación, etc. "El Estado proletario, escribía Lenin, es un mecanismo proletario de represión, represión necesaria a causa de la furiosa y desesperada resistencia, sin retroceder ante nada, que oponen los terratenientes y los capitalistas, toda la burguesía y todos sus secuaces, todos los explotadores, cuando se aproxima su fin, cuando comienza la expropiación de los expropiadores". No solamente la minoría prudenciosa, sino también una gran parte de la mayoría jacobino-blanquista de la Comuna, estaba lejos de plantear así la cuestión.

Este respeto a los principios de la democracia burguesa, se manifestó desde los primeros actos del Comité central de la Guardia Nacional que, después de la revolución del 18 de marzo, desempeñó el primer papel de gobierno provisional revolucionario. Esta verdadera organización de masa, que se apoyaba principalmente en el proletariado armado "abdicó demasiado el poder para ceder plaza a la Comuna" (Marx) eligió sobre la base del sufragio universal. Este error es del mismo orden que el cometido por los Consejos alemanes de diputados obreros y soldados (1918), que cedieron el sitio a la Asamblea Nacional.

La dura lección de la realidad forzó enseguida a la Comuna a renunciar a su respeto a la legalidad liberal. El enemigo, imparable, estaba a las puertas de la ciudad. Los versalleses bombardeaban París. Fusilaban a los guardias nacionales que caían en sus manos. Intentaban cortar el aprovisionamiento de la capital. Por otra parte, la retaguardia de los revolucionarios parisienses no estaba segura. La prensa parisiense, casi enteramente en manos de la burguesía, extendía pérfidas calumnias sobre la Comuna y sus dirigentes, aplaudía la derrota de la Guardia Nacional, daba informaciones sobre el avance de las fuerzas de la Comuna, revelaba los planos de las barricadas que se proyectaban construir, anunciaba la próxima caída del poder revolucionario. En el fondo, no era más que un

instrumento del gobierno de Versalles. Preparaba y alentaba la traición en el interior de la ciudad sitiada.

París hormigueaba de conspiradores, de provocadores y de agentes de Versalles, que habían penetrado en las instituciones de la Comuna y hasta en importantes puestos del ejército, que tramaban complots contrarrevolucionarios en la ciudad y hacían circular rumores alarmistas en la población.

Todo esto forzó a la Comuna a adoptar un sistema de represión, contra estos agentes de la contrarrevolución. Pero, incluso después de haber entrado por esta vía, en lo que se refiere a la actitud hacia el enemigo, la Comuna no realizó su política de represión, más que con extraordinaria indecisión, con una extrema inconsecuencia. Cerró y confiscó periódicos burgueses aislados, sin decidirse a cerrarlos todos, como proponía uno de sus miembros, Amouroux. Se limitó a establecer la responsabilidad ante la Corte marcial de los autores y editores, por los ataques contra la Comuna.

A principios de abril, cuando se produjeron las primeras ejecuciones de los guardias nacionales prisioneros, la Comuna promulgó un decreto sobre los rehenes, decreto según el cual, en caso de nuevas ejecuciones, se fusilarían tres rehenes por cada guardia nacional ejecutado. Fueron detenidos 260 representantes de la aristocracia financiera, del clero, de la policía y de la gendarmería. Pero la Comuna no se decidió, sin embargo, a poner en ejecución su amenaza, por más que se continuase fusilando soldados.

La Comuna no supo llevar al nivel necesario la vigilancia de los sospechosos, que mantenían una relación permanente con Versalles. Solamente a mediados de mayo instituyó cartas de identidad obligatorias para todos los ciudadanos.

Criticando este aspecto de la actividad de la Comuna, Engels escribía: "¿No tenemos derecho a reprochar a la Comuna por no haber aprovechado suficientemente esta autoridad (la autoridad del pueblo armado contra la burguesía)? "Es también necesario reprimir la acción, la resistencia burguesa, escribía más tarde Lenin. Para la Comuna, esto era particularmente necesario y una de las causas de su derrota consiste en que no lo hizo con la suficiente firmeza". (Lenin, T. XVI, 2. parte, pág. 330).

La generosidad respecto al enemigo, no salva jamás una revolución vencida de la sangrienta represión del vencedor. Los comunales vencidos son un ejemplo de eso. El proletariado de la U.R.S.S. ha tenido en cuenta las rudas ense-

ñanzas de la Comuna. Después del triunfo de la revolución de Octubre creó, para la lucha contra los enemigos del poder soviético, un organismo especial, la Comisión extraordinaria, reorganizada después y transformada en Guepeú. Con ayuda de este organismo de la dictadura proletaria, organismo que inspira tanto odio a todas las fuerzas reaccionarias, la clase obrera de la U. R. S. S. ha reprimido y destrozado implacablemente todos los intentos contrarrevolucionarios que crearon una amenaza al gobierno obrero y campesino.

Una de las mayores debilidades de la Comuna consistía en el modo de organización de sus fuerzas militares. A la Comuna le faltó decisión y tenacidad en la reorganización de la Guardia Nacional. No tuvo la necesaria firmeza en la lucha contra la desertión y contra todas las infracciones a la disciplina militar. No supo utilizar los pocos especialistas militares que tenía a su disposición y establecer un control apropiado de su actividad.

Consintió en un reparto de poderes (comisión militar del Comité central) en la dirección de las fuerzas militares y de las operaciones. Todo esto impidió a la Comuna crear un ejército rojo verdaderamente apto para la lucha, semejante al que creó después el proletariado de U. R. S. S.

La Comuna no hizo casi nada para minar el poder material de la burguesía. No procedió, ni siquiera vacilantemente, a la expropiación de los expropiadores. No se apoderó del Banco de Francia, ni nacionalizó los ferrocarriles de la red parisiense, el Monte de Piedad y las Sociedades de Seguros. El respeto a la propiedad burguesa, se veía en el hecho de que, aún en su decreto más radical (sobre la entrega de los talleres cerrados por los patronos a las colectividades obreras) establecía el principio de una compensación a pagar a los antiguos propietarios.

Uno de los mayores errores de la Comuna (error que tuvo por consecuencia un cierto grado de enfriamiento de una importante parte de las masas obreras hacia la causa que defendía) consiste en que el primer Estado proletario no supo ligar la lucha por el socialismo a la lucha económica del proletariado por sus reivindicaciones inmediatas. Sólo más tarde, a mediados de abril, y solamente hasta cierto punto, bajo la presión de las organizaciones obreras, promulgó sus decretos en favor de la clase obrera.

El decreto más importante (el concerniente a las empresas abandonadas por las organizaciones obreras) no fué promulgado hasta el 16 de abril. Además, la aplicación de este decre-

to fué rodeada de formalidades tan complicadas que, de hecho, la Comuna no consiguió comenzar la confiscación de las empresas en cuestión, aunque el intenso paro que reinaba entonces en el París sitiado por los versalleses, exigiese la aplicación inmediata del decreto, que era lo que exigían las organizaciones sindicales obreras.

La Comuna envió emisarios a los grandes centros industriales, pero hubiera necesitado tener como aliados, no solamente a la ciudad de provincias, sino también a los millones de campesinos. El proletariado parisiense subestimó el estado de espíritu de los campesinos en la cuestión de la paz. Incluso después de la capitulación de París, los socialistas querían continuar la guerra hasta el último extremo, mientras que los campesinos, cansados de la guerra y arruinados por ella, aspiraban a la paz a toda costa. En lugar de lanzar la consigna "de frente al campo", de esforzarse por someter el campo a su influencia y de arrastrar con ellos a los campesinos, los socialistas franceses de entonces querían vencer el conservadurismo de los campesinos, aislando el campo, volviéndole la espalda. La Comuna no hizo nada para establecer oportunamente el contacto con los campesinos. No supo formular las reivindicaciones en cuya realización estaba interesada toda la masa de los campesinos pobres y del proletariado agrícola. La consigna "la tierra a los campesinos, los medios de la producción al obrero, trabajo para todos", fué lanzada demasiado tarde. El hecho de que París no fuese suficientemente sostenido por las ciudades de provincias y por los campesinos pobres, debía forzosamente acelerar la victoria de Versalles, cuyo ejército estaba formado sobre todo por campesinos.

Esta experiencia de la Comuna no fué suficientemente tomada en consideración por la República soviética de Hungría, que no realizó una verdadera revolución agraria en el campo. Por eso, la revolución proletaria húngara, en su lucha contra los ejércitos imperialistas, no fué sostenida por el proletariado rural y los campesinos pobres. De otro modo ocurrió en Rusia, donde el triunfo de la revolución proletaria en las ciudades fué acompañado de la entrega a los trabajadores, para su cultivo, de las tierras confiscadas a los terratenientes. Esta medida aseguró al poder soviético un pleno apoyo de toda la masa de los elementos pobres del campo y de los campesinos trabajadores, durante la guerra civil y el período de intervención.

Más tarde, apoyándose en los elementos pobres y reforzando la unión con los campesinos trabajadores, el proleta-

riado de la U.R.S.S. supo sacar provecho del desenvolvimiento de la industria socialista y de los elementos de la economía socialista en el campo, para comenzar, en la actualidad, la extirpación de los últimos vestigios del capitalismo y la reconstrucción socialista de toda la economía rural.

La caída de la Comuna fué precipitada, por otra parte, por su aislamiento desde el punto de vista internacional. El movimiento obrero en los países capitalistas vecinos, era todavía demasiado débil para asegurar un apoyo efectivo al proletariado parisiense, por más que, en toda una serie de países, numerosas organizaciones obreras se hubiesen solidarizado moralmente con la Comuna.

El proletariado internacional ha honrado siempre el movimiento de la Comuna, hasta después de vencida. Y es con este entusiasmo tanto mayor y con una atención sostenida, como sigue los destinos de la revolución proletaria victoriosa en la U.R.S.S., los éxitos de la edificación socialista en el país de los soviets. Cuanto más decisivos sean estos éxitos, más se transforma la Unión Soviética en "brigada de choque de todos los países" (Stalin).

Hace 61 años, toda la burguesía mundial consideraba a la Comuna de París como la obra de la Internacional, exigía de sus gobiernos medidas de represión contra la Asociación Obrera Internacional, para precaverse contra el peligro de nuevas revoluciones. En la actualidad, los agentes estipendiados de la burguesía mundial, afirman que la I.C. es obra de Moscú; para destruir esta execrada organización, es preciso poner fin al régimen soviético.

Pero todos los que sueñan con una intervención armada contra la U.R.S.S. harán bien en no olvidar jamás, que en el caso en que los imperialistas emprendan la intervención, tendrán a sus espaldas un proletariado mundial dirigido por partidos comunistas sólidamente organizados. Entonces, cada obrero honrado dirá: "He aquí mi vanguardia, he aquí mi brigada de choque, he aquí el poder obrero, he aquí mi patria; ellos (los obreros rusos) defienden su causa y la nuestra. Pues bien, nosotros los sostendremos contra los capitalistas y ensancharemos el marco de la revolución mundial". (Stalin, discurso en la conferencia a los representantes de la industria).

Para sacar todas las enseñanzas de la Comuna de París, desde el punto de vista del movimiento obrero contemporáneo, es necesario observar también los elementos positivos con que la primera revolución proletaria ha enriquecido la teoría y la práctica revolucionarias. A pesar de la táctica

putchista de los blanquistas, la revolución del 18 de marzo de 1871 fué una revolución popular en el más profundo sentido de la palabra. El poder salido de esta revolución, se apoyaba en la simpatía plena de las masas del proletariado parisiense, de los elementos pobres de la población, así como, en sus primeros tiempos, sobre una notable parte de la pequeña burguesía y los intelectuales de París. Este aspecto de la revolución parisiense de 1871, es anotado por Lenin en sus "Cartas sobre táctica" (1917). "Estoy absolutamente prevenido, escribía Lenin, en mis tesis, contra todo juego a la toma del poder para un gobierno obrero, contra toda aventura blanquista, porque me he referido claramente a la experiencia de la Comuna de París, experiencia que, como demostraron de una manera clara y circunstanciada Marx y Engels en 1871 y 1891, excluye totalmente el blanquismo. La realización que asegure la dominación directa y absoluta de la mayoría y la actividad de las masas, se consigue solamente en la medida en que se tenga una acción *consciente* de la propia mayoría". (Lenin, T. XIV, pág. 32).

Al mismo tiempo, el proletariado de París ejerció verdaderamente la hegemonía en el movimiento. "Fué ésta la primera revolución, escribía Marx, en la que la clase obrera fué abiertamente reconocida como la única clase capaz todavía de iniciativa social; este hecho fué reconocido por las masas de la clase media de París, los pequeños comerciantes, los artesanos, los negociantes, todos, con excepción de los ricos capitalistas".

La Comuna fué la primera experiencia, incompleta es cierto, de la dictadura del proletariado, "el prototipo de la dictadura del proletariado", como dijo Lenin:

Elegida por sufragio universal, la Comuna representaba sin embargo, casi exclusivamente las capas proletarias y semi-proletarias de París. La gran masa de la burguesía huyó de la ciudad inmediatamente después de levantado el sitio o después de la revolución del 18 de marzo; en cuanto a los elementos burgueses que permanecieron en París, unos se abstuvieron de votar, otros enviaron a la Comuna un grupo poco numeroso de radicales burgueses, que enseguida resignaron sus mandatos. Marx tenía razón para escribir que la mayoría de los miembros de la Comuna estaba compuesta de obreros o de representantes reconocidos de la clase obrera.

La Comuna creó un nuevo tipo de Estado. Fué, "no una institución parlamentaria, sino un organismo de acción que unía en él los poderes ejecutivo y judicial" (Marx). Al mismo tiempo, la Comuna, como observó Marx, mostró que el prole-

tariado no puede tomar el poder, sin haber destrozado previamente el aparato del Estado burgués". "La importancia de la Comuna, escribió Lenin, consiste, además, en que intentó romper el aparato gubernamental del Estado burgués, así como los aparatos judicial, militar, policiaco y burocrático, destruirlos absolutamente y sustituirlos por una organización de auto-gobierno obrero de masa sin separación de los poderes ejecutivo y judicial. Todas las repúblicas democráticas de nuestra época, y especialmente la república alemana, que los social-traidores llaman irrisoriamente República proletaria, conservan este aparato del Estado burgués". En efecto, la Comuna reemplazó el ejército permanente, por el pueblo armado (la Guardia Nacional, que era, de hecho, el ejército del proletariado en armas). Suprimió la policía, encargando del mantenimiento interior del orden y de la seguridad en la ciudad, a la Guardia Nacional. Liquidó una serie de viejas instituciones judiciales, abolió la casta privilegiada de la gente de toga, realizó la separación de la Iglesia y el Estado, estableció la elegibilidad y revocabilidad en cualquier momento, de todos los funcionarios, y, hecho todavía más importante, redujo los sueldos de estos últimos, a las tarifas de los salarios de obreros simples. No temía tampoco nombrar a simples proletarios para los puestos más importantes, para los puestos de mando del gobierno. Pero la su presión del ejército permanente, el establecimiento de la elegibilidad y revocabilidad de todos los funcionarios significaba "la sustitución de instituciones existentes, en una vasta escala, por instituciones basadas en *principios* diferentes". (Lenin, T. XIV, II parte, pág. 233).

Cuanto mayor sea el carácter popular que tomen los órganos del poder más se transforma el ejercicio de las funciones públicas, no en una profesión, sino en un deber diario de los ciudadanos; la necesidad de la existencia de una clase de funcionarios permanentes, pagados por el Estado, es cada vez menos necesaria, la lucha contra el burocratismo es cada vez más eficaz. Por la práctica de la participación de amplias masas obreras en el ejercicio de las funciones públicas, la Comuna se anticipó al pensamiento de Lenin, que dice que "cada cocinera debe aprender a dirigir el Estado". A este respecto, la práctica de la Comuna representa una etapa en la vía de la desaparición del Estado en general, que será realizada por la instauración de la sociedad comunista.

Por su propia esencia, la Comuna ha sido el prototipo del futuro Estado de los soviets. Es sintomático que naciese en forma de una organización revolucionaria de masas, crea

da por el proletariado en armas y conocida con el nombre de *Comité Central de la Guardia Nacional*. "La verdadera significación de la Comuna, escribió Lenin, reside en la creación de un tipo especial de Estado. Este Estado existe ya en Rusia. Son los soviets de diputados obreros y soldados".

El poder soviético, al reproducir esta experiencia de la Comuna en una escala grandiosa, hizo participar valientemente a las amplias masas obreras en el gobierno del país y en la dirección del Estado de la economía soviética.

La experiencia de la edificación socialista en la U.R.S.S., constituye una prueba aplastante del hecho de que, a pesar de todas las dificultades, el proletariado es capaz, no sólo de luchar con las armas en la mano contra sus enemigos, sino también de organizar la administración socialista y la economía.

Lenin observa también que la Comuna dió el ejemplo de la transformación de una guerra burguesa en guerra civil. Mostró toda la importancia de la entrega de armas a la clase obrera. Demostró hasta qué punto interesa que la clase obrera sepa manejar las armas. La burguesía se vió obligada a armar al proletariado parisiense, no teniendo a su disposición más que fuerzas insuficientes del ejército regular y de la Guardia Nacional burguesa. Los ejércitos prusianos victoriosos, marchaban ya sobre París. Pero la burguesía lo hizo a su pesar, bajo la presión enérgica de los obreros, porque, como dice con razón Marx "armamento de los obreros significa armamento de la revolución". Cualquiera que sea el resultado de la guerra habrá servido al proletariado francés para enseñarle a servirse de las armas, lo que constituye la mejor garantía de porvenir", escribía Marx a Kugelmann. Durante el sitio, los batallones de la Guardia Nacional se constituyeron una artillería propia. La posesión de las armas, aseguró a los obreros parisenses la victoria del 18 de marzo de 1871.

Es aquí donde reside el inmenso alcance de las enseñanzas de la Comuna, para las luchas futuras del proletariado mundial. "Una clase oprimida, escribió Lenin, que no quiere aprender a servirse de las armas, y a poseer estas armas merece únicamente ser tratada como esclava". "Las mujeres de la clase oprimida, escribía Lenin en otra ocasión, dirán a sus hijos: "muy pronto serás grande. Te darán un fusil. Tómale y aprende a hacer la guerra. Esta ciencia es indispensable a los proletarios, no para tirar sobre tus hermanos, los obreros de otros países, como se hace en la guerra actual (Lenin escribía esto durante la guerra mundial) y como te lo

aconsejan los traidores del socialismo, sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, para poner fin a la explotación, a la miseria y a las guerras, no con votos piadosos, sino con la victoria del proletariado y el desarme de la burguesía". A pesar de su derrota, la Comuna creó premisas que permitían llevar la revolución proletaria a un grado más elevado. Enseñó al proletariado europeo a "plantear de una manera concreta las tareas de la revolución proletaria". (Lenin, T. XI, II parte, p. 511). Con ello nos legó un precioso documento de estrategia y de táctica de la guerra civil.



“Es inmortal en la historia, porque por primera vez ha puesto en práctica la idea de la dictadura del proletariado”. (Lenin, T. XV, p. 82). En el momento del 61 aniversario de la Comuna y de la maduración de una nueva crisis revolucionaria en el mundo capitalista, debemos recordarnos especialmente de las palabras de Lenin, en las que afirmaba que sólo la lucha revolucionaria de la clase obrera decidirá definitivamente de los destinos del capitalismo. “El orden burgués, escribía Lenin, atraviesa en el mundo entero una crisis revolucionaria de las más graves. Es preciso ahora “demostrar” con la práctica, que los partidos revolucionarios son bastante conscientes, bastante organizados, que tienen un suficiente contacto con las masas explotadas, que son bastante resueltos y hábiles para utilizar esta crisis para una revolución eficaz y victoriosa”. (Lenin, T. XVIII, p. 263-264).

 CARLOS MARX

La constitución del proletariado en clase

A pesar de unos y de otros, a pesar de los manuales y de las utopías, las coaliciones no han cesado un instante de avanzar y de crecer con el desenvolvimiento y la extensión de la industria moderna. Hasta el punto de que ahora el grado a que ha llegado la coalición en un país indica claramente el que éste ocupa en la jerarquía del mercado universal. Inglaterra, donde la industria ha alcanzado el más alto grado de desenvolvimiento, tiene las coaliciones más vastas y mejor organizadas.

En Inglaterra no se han limitado a coaliciones parciales, que no tenían otro fin que una huelga pasajera y que desaparecían con ella. Se han formado coaliciones permanentes, «trade-unions», que sirven de baluarte a los obreros en sus luchas contra los patronos. Y, en la hora actual, todas esas «trade-unions» locales encuentran un punto de apoyo en la “National Association of United Trades”, cuyo comité central reside en Londres y que cuenta ya con 80 000 miembros. La formación de esas huelgas, coaliciones, «trade-unions», se produjo simultáneamente con las luchas políticas de los obreros, que cons-

tituyen ahora un gran partido político bajo el nombre de car-
tistas.

Los primeros ensayos de los trabajadores para "asociar-
se entre ellos" se han hecho siempre en forma de coalicio-
nes.

La gran industria aglomera en un solo punto a una mu-
chedumbre de gentes desconocidas unas de otras. La concu-
rrencia las divide por sus intereses. Pero el mantenimiento del
salario, este interés común que tienen contra su patrono, las
reune en un mismo pensamiento de resistencia: "coalición".
Así, la coalición tiene siempre un doble fin: el de hacer cesar
entre ellas la concurrencia para poder hacer una concurrencia
general al capitalista. Si el primer fin de resistencia sólo ha si-
do el mantenimiento de los salarios, a medida que los capita-
listas, a su vez, se reúnan con un pensamiento de represión,
las coaliciones, al principio aisladas, se forman en grupo, y
frente al capital, siempre reunido, el mantenimiento de la aso-
ciación se hace más necesario para ellas que el de los salarios.
Esto es tan cierto que los economistas ingleses están muy sor-
prendidos de ver a los obreros sacrificar una buena parte de
su salario en favor de las asociaciones que, en opinión de esos
economistas, sólo se han establecido en favor del salario. En
esta lucha, verdadera guerra civil, se reúnen y se desarrollan
todos los elementos necesarios para una batalla próxima.
Una vez llegada a este punto, la asociación toma un carác-
ter político.

Las condiciones económicas habían transformado en pri-
mer lugar a la masa del país en trabajadores. La dominación
del capital ha creado a esta masa una situación común. Así es-
ta masa es ya una clase con respecto al capital. En la lucha,
de la cual no hemos señalado más que algunas fases, esta ma-
sa se reúne, se constituye en clase por sí misma. Los intereses
que defiende pasan a ser los intereses de la clase. Pero la lucha
de clase a clase es una lucha política.

En la burguesía tenemos que distinguir dos fases: la fase
durante la cual se constituye en clase bajo el régimen del feu-
dalismo y de la monarquía absoluta, y la en que, ya constituí-
da en clase, derriba el feudalismo y la monarquía para hacer
de la sociedad una sociedad burguesa. La primera de estas fa-
ses fué la más larga y necesitó los mayores esfuerzos. La bur-
guesía también había comenzado por coaliciones parciales con-
tra los señores feudales.

Se han hecho no pocas investigaciones para reconstituir
las diferentes fases históricas que la burguesía ha recorrido
desde el municipio hasta su constitución en clase.

Pero cuando se trata de darse cuenta exacta de las huelgas, de las coaliciones y de las otras formas en que los proletarios efectúan ante nuestros ojos su organización como clase, sufren un temor real y otros manifiestan un desprecio "trascendental".

Una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo entre las clases. La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda emanciparse, es preciso que los poderes productivos ya adquiridos y las relaciones sociales existentes no puedan existir ya unos al lado de otros.

De todos los instrumentos de producción, el más grande poder productivo es la propia clase revolucionaria. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la sociedad antigua.

¿Quiere decir esto que después de la caída de la antigua sociedad habrá una nueva dominación de clase que se resumirá en un poder político nuevo? No.

La condición para la emancipación de la clase laboriosa es la abolición de toda clase, lo mismo que la condición para la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fué la abolición de todos los estados y de todos los órdenes.

La clase laboriosa sustituirá, en el curso de su desenvolvimiento, la antigua sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo; no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil.

Entre tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase a clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, es una revolución total. Desde luego, ¿hay que extrañarse de que una sociedad basada en la oposición de las clases conduzca a la contradicción brutal, a un choque cuerpo a cuerpo, como última solución?

No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que no sea social al mismo tiempo.

Sólo en un orden de cosas en que no haya ya clases ni antagonismos de clases, las evoluciones sociales cesarán de ser revoluciones políticas. Hasta entonces, en la víspera de cada transformación de la sociedad la última palabra de la ciencia social será siempre: *El combate a la muerte; la lucha san-*

guinaria o la nada; así es como la cuestión se plantea inventivamente. (Georges Saud).

PANORAMA NACIONAL

**La crisis política de
Febrero**

Agudización de los antagonismos imperialistas.

Ha terminado el primer acto del ruidoso duelo interimperialista, bajo los rótulos de derecha contra izquierda. El debate político había desembocado en un callejón sin salida. Se impuso el golpe de Estado. Y Sánchez Cerro, que fué fortificando sus posiciones, compulsando la capacidad de resistencia del adversario, desarrollando una estrategia verdaderamente militar, no vaciló en darlo. Toda oposición legal ha sido, pues, aplastada.

Bajo el signo de la Junta de tregua imperialista, que presidió Samanez Ocampo, se libran las primeras escaramuzas cuya crisis comentamos. Estas llegan a las puertas mismas de la guerra civil. El golpe armado para impedir a Sánchez Cerro asumir el mando, fracaza porque los militares comprometidos, rechazan a Haya como presidente, y proponen al coronel García

Godos.

Viene, luego, la huelga política de Chicama, respondida por el gobierno con la clausura de los locales apristas en Trujillo y las expediciones punitivas al valle. El «líder máximo» fuga precipitadamente a Lima, en busca de refugio bajo las tibias alas de la célula parlamentaria aprista.

El duelo se hace más violento, más enérgico, más agresivo... en palabras. El malestar social crece mientras los bandos antagonicos se combaten encarnizadamente en la Asamblea Constituyente y en la prensa. El gobierno se ve encorralado por la crisis, para la que no halla solución, por la tormenta social que sordamente acumula sus nubes en el horizonte, y por los asaltos demagógicos de la oposición. La Ley de Emergencia—“se trata de una ley de combate, de una ley política”— pone al Apra atada de pies y manos a merced del adversario. Instaura, reforzando los procedimientos fascistas de represión, un régimen de fuerza, al que no estorban escrúpulos democráticos y liberalizantes.

La nueva táctica

El Apra, que había tratado de valerse de las "libertades constitucionales" para ampliar su base social, por medio de la demagogia parlamentaria, de la prensa y de las escuelas de propaganda del partido, como medios conducentes al golpe de Estado aprista, se encuentra de súbito, cuando estas faltan. Bien están los principios democráticos cuando son suficientes para encarrilar el descontento, arreglar los antagonismos de grupos y ocultar las contradicciones de clases.

Tan pronto como estos trucos de dominación y explotación no son suficientes, se tiene a mano otros para salvar los intereses de las minorías representados en el Estado: un Parlamento, elegido por el voto popular y secreto, puede investir al Ejecutivo de todas las medidas extraordinarias en resguardo del orden público.

La ofensiva sanchezcerrista, una vez iniciada, obliga a la oposición a recular paso a paso. Al lenguaje «mejicano» reemplazan las declaraciones cristianas, gandistas. Las protestas de inocencia se repiten.

Están haciendo un poco el ridículo.

Es entonces cuando, incapaces de atacar cara a cara a Sánchez Cerro, y para conservar cierta apariencia de beligerancia, abren un violento tiroteo contra el civilismo, El Comercio y los comunistas. ¿Por que se mezcla al Partido Comunista en esta lucha de fracciones de las clases dominantes, dislocadas por la crisis, por los forcejeos imperialistas? El aprismo odia al Partido Comunista con un inoculable odio de clase, porque el Partido de los obreros está frente al Apra como un centinela de las masas explotadas. De ese odio a los comunistas y de esa cobardía frente a Sánchez Cerro dictador, nace la fábula aprista del frente único civilista-comunista, que no es sino una variante de la monstruosa calumnia de Haya contra Mariátegui, cuando pro-palaba que Leguía pagaba AMAUTA para que le atacasen a él, líder máximo y hombre puro por antonomasia. (1)

Esta imputación se vé, aparentemente, favorecida por el hecho de que los comunistas también combaten al Apra. Naturalmente, la posición de

(1).—El certificado de «pureza» fué extendido por Oscar Herrera, Eudocio Rabines, Enrique Cornejo Koster, Luis E. Heysen, Manuel A. Seoane, Francisco Acero. (Ver: Haya de la Torre: POR LA EMANCIPACION DE LA AMERICA LATINA, M. Gleizer, Editor, Buenos Aires, 1927).

estos últimos es una oposición de clase. No así la de los demás adversarios del aprismo. La misión del Partido del proletariado es no sólo combatir al Estado fascista, sino también al social fascismo, a los social arrivistas, al kerenkismo de Haya, que se debate históricamente por apoderarse del poder, instaurar un régimen fascista avanzado y reemplazar en el país la dominación del imperialismo yanqui por la del imperialismo inglés. No distinguir «graduaciones» en los procedimientos de opresión. Sostener, en medio de la lucha, la consigna de clase con tra clase. Combatir a todos los gobiernos del feudalismo, de la burguesía, de la pequeña burguesía, ligados a uno o varios imperialismos, así se trate de un «gobierno fuerte» o de un «gobierno democrático».

Marx defendía el derecho del proletariado para seguir su propia política, aunque indirecta o directamente «ayude a los partidos reaccionarios.

Tal argumento, continúa Marx, (el de favorecer a la reacción con esta táctica, M. de la T.) se aduce para enganar al proletariado. El avance que el Partido proletario puede hacer con su actitud independiente es infinitamente más importante que la desventaja que resulte de tener unos reaccionarios mas en la representación nacional». Los ataques, por el Partido Comunista, al

Apra, aunque coincidan con los de otros sectores, beneficien o nó al sanchezcerrismo, son necesarios. Son provechosos para la clase obrera.

El gobierno no puede situarse, en su pelea con el Apra, en el mismo plano «doctrinario». Enfrenta un conservadurismo, un Estado subordinado al imperialismo, una política de clase dominante, al mismo conservadurismo, a la misma política de clase dominante, a la misma servidumbre imperialista, disfrazada de «socialismo», de «izquierdismo» y hasta de «marxismo», de todos esos rótulos que, según Mariátegui, permiten pasar los más gruesos contrabandos ideológicos. No es raro, pues, que el gobierno trate de servirse del debate teórico entre aprismo y comunismo, más cuando no vé un peligro inmediato en la propaganda del Partido Comunista.

Agentes provocadores

La maniobra aprista envuelve, igualmente, una finalidad inconfesable. Actúa como delación. Como provocación. Como azudadora de la policía contra los comunistas. ¡No les basta a los social fascistas de Haya haber asesinado a algunos obreros comunistas en el sur! ¡No están satisfechos con los obreros comunistas entregados a la policía aprista en el Norte! ¡Ni con pedir desde «La Tribuna» que se confisque

toda la literatura revolucionaria!

La campaña contra la supuesta unión de civilistas y comunistas no persigue más fin que presionar al gobierno a ejercer una persecución despiadada contra la vanguardia política de los obreros. Este, deseoso de batir la propaganda comunista, probando, a la vez, públicamente su desvinculación con ella y la falsedad de la calumnia aprista, cae en la trampa.

Por su lado, los elementos allegados al sanchezcerrismo, en especial "El Comercio", responden al fuego aprista demostrando que el Apra es una

organización comunista, llegando a reproducir, inclusive, una de las tantas cartas oportunistas de Haya, sin tener en cuenta que este camaleón político describe al Apra de acuerdo con las inclinaciones del interlocutor: comunista, socialista, clerical, atea, propietaria, anti-propietaria, conservadora, anti imperialista, etc. siempre "a la medida" del cliente. ¡Unos a otros se endosan el sambenito de comunistas! (1)

El balance práctico de esta pelea es la definición oficial del Apra como una corriente reformista, oportunista. Como un fascismo en potencia. Como

(1).—Esta "táctica" tan específicamente social-demócrata, empleada por el social-fascismo demagógico en todo el orbe capitalista, se vé oficialmente comprobada en el N° 294 de "La Tribuna", con las siguientes palabras: "En su necio delirio (se refieren al "civilismo de "El Comercio". M. de la T.) piensan que cartas escritas en 1929 a individuos a quienes habría que hablar en su propio lenguaje y en términos altamente revolucionarios, pueden echar sombras sobre la línea doctrinaria del Partido Aprista". Ya se vé, pues, cómo hablan y escriben los apristas. Si los ofrecimientos, declaraciones de principios de 1929 carecen de importancia en 1932 ¿qué porvenir le espera al Programa Mínimo, a las promesas de redención de los productores, a la Justicia social aprista, dentro de un mes, dentro de un año, o cuando estén ya en el poder? Entonces, desenmascarados como un gobierno medularmente fascista al servicio del imperialismo, del civilismo y de los explotadores que hoy execran, sus promesas actuales serán desechadas como inoportunas, como pertenecientes al pasado, cuando había que hablar a las masas "en su propio lenguaje y en términos altamente revolucionarios". La traición de mañana a sus principios de hoy, no podrá "echar sombras sobre la línea doctrinaria del Partido Aprista". Aquí tenemos al social-arribismo del Apra, puesto cínicamente en evidencia por el Apra misma.

un partido de la II Internacional social-imperialista, instrumento de opresión y colonización del capitalismo monopolizador europeo. Como capituleros de los tiburones de la Gran Bretaña en pelea con sus competidores yanquis.

Los proletarios deben repudiarlos con toda energía. ¡Ni un solo obrero, ni un campesino, ni un revolucionario leal en las filas apristas! Tal es la consigna importante en estos momentos.

El verdadero adversario

Los apristas sabendonde está el peligro. Temen a los genardames de Sánchez Cerro, sus métodos de represión, sus mul-

tas, sus tribunales, sus clausuras y deportaciones, con un miedo episódico y condicionado. En el fondo, creen y esperan en el golpe de Estado aprista, en la caída del gobierno por el motín militar o la conspiración civilista. Sueñan con el retorno, cuando menos, de una edad de oro como bajo la Junta de Samanez Ocampo. Suspiran, desde sus escondrijos, por la vuelta del comandante Jiménez con la corona de libertador y con el título de restaurador de la democracia. Por eso, repetimos, su lucha contra el gobierno actual es episódica. En cambio, la polémica, el debate teórico y la acción por el control de las masas, con los comunistas, pasa



Paraíso capitalista

de lo episódico a lo permanente, a lo histórico.

Los apristas comprenden que si el proletariado, bajo la dirección del Partido obrero, continúa estudiando el marxismo-leninismo. Si se arma con este instrumento de lucha de clases, tan poderoso. Con la auténtica teoría revolucionaria del obrero explotado, propagada por el apostolado comunista, están perdidos. Y como los únicos marxistas son los comunistas, el Apra trata, sirviéndose de las adulteraciones y falsificaciones de Marx válidas para los oportunistas, logreros y mixtificadores de todo el mundo, de engañar el movimiento revolucionario nacional de clase, envenenándolo con los textos oficiales del reformismo internacional, sostenido y pagado por los gobiernos del imperialismo, calumniando a esos esforzados militantes que, rabiosa y despechadamente, califican de "comunistas criollos".

Marxismo es, pues, comunismo. Los apristas no son, en consecuencia, marxistas. Son unos vulgares estafadores. Predican un marxismo recortado. Privado de su esencia revolucionaria. Escamotean la lucha de clases. Niegan la existencia de un proletariado nacional, capaz de dirigir, por su número y por su capacidad teórica, la revolución social. La toma del poder por los obreros y los campesinos las únicas fuerzas motrices de la revolución a-

graria y anti imperialista. La abolición de la propiedad privada. La entrega, sin indemnización a sus actuales detentadores, de la tierra para los campesinos. El desconocimiento de las deudas del Estado, etc.

El "marxismo" aprista en el campo social, es la misma burda falsificación del pillo que se presenta a un Banco a cobrar un cheque con la firma suplantada. Es lo que ellos tratan de realizar con los obreros, con el pretexto de una "táctica" específicamente peruana, y que no es, en el fondo, sino un oportunismo, una sed del poder disfrazada con frases de izquierda. Le muestran un cheque falso, con la firma de Marx. El obrero listo, rechaza el cheque y castiga rudamente al falsificador. Al tonto, a ese le hacen fácilmente, en todas partes, el cuento del tío.

Una buena lección

Por lo demás, ciertamente, no es muy edificante el cuadro que se nos ofrece en estos momentos. Las luchas intestinas entre las pandillas de las clases dominantes, los empuja a pisotear "su" Asamblea Constituyente, "su" democracia, "sus" libertades. Lo mismo da que el atropello venga de un bando u otro. Eso no quieta al vencido, por ejemplo, los apristas, el proceder en la misma forma si los papeles estuvieran cambiados. Porque en

estos graves momentos de crisis económica internacional y de ascenso de la ola revolucionaria mundial, las formas políticas de dominación burguesa devienen cada vez más anti-democráticas, más fascitizadas.

Los obreros van comprendiendo el "valor" de las conquistas políticas bajo el reinado de la propiedad privada. De ahí que ya no les interese alcanzar estas conquistas para sí mismos. Las clases poseyentes, que se disputan el Estado para uno u otro imperalismo, no tienen inconveniente en arrojar a patadas los principios constitucionales que les estorbe, aunque traten, después, de imponerlos, con la bayoneta calada y el plomo en el vientre, a los obreros y campesinos. ¡Véase pues, sobre qué base tan deslizable construye su edificio el reformismo, que trata de hacernos creer que por medio de leyes, códigos y mociones se pueden suprimir los antagonismos de clases!

La indiferencia de las grandes masas para con los debates de la Asamblea Constituyente, que se disgrega día a día, es un síntoma terrible de la quiebra absoluta del parlamentarismo, que los ropavejeros apristas tratan de revivir.

El apra y la acción de masas

Derrotados, perseguidos, deportados, esparcidos a todos los vientos, los fieros apristas

no son capaces de apelar ni a sus propias masas. De incitarlas a la revolución.

¡Cómo temen la insurrección armada! ¡Cómo temen la revolución popular! Saben perfectamente que una vez en movimiento, rebalsará sus mezuquinas reivindicaciones. Temen al obrero y al campesino, unidos en la lucha, bajo la bandera del Apra, primero.... para coronar la victoria bajo el gallardete rojo de los comunistas.

Han tratado de alejar a las masas de la acción revolucionaria. Son los campeones del sufragio universal, popular y secreto. Quieren reemplazar el fusil y el machete en mano del proletario y del campesino, por la cédula electoral. Este temor a la movilización de los explotados, a su paso a la acción insurreccional, se explica. Los apristas, y en general todos los demagogos y oportunistas del mundo, cuentan ya con la experiencia histórica que enseña cómo los oprimidos, movilizados por la crisis, dejan a un lado las consignas reformistas, planteando concretamente los problemas de la revolución. Vale decir, las reivindicaciones de su clase, sus consignas propias.

El temor a la revolución "popular" después de los desplantes y amenazas de una guerra civil "a la mejicana" es el temor a perder la dirección del movimiento. A ser aplastados por el tanque de la

revolución social agraria anti imperialista. A que el comando pase—esto es fatal, históricamente inevitable—a manos del proletariado organizado.

Por eso, en esta hora de comprobación de valores, los demagogos que desfilaban por las calles condenando el motín militar, el cuartelazo criollo, mientras lo preparaban, apelan hoy públicamente al ejército, a la marina, a la aviación y a la policía, para que restablezcan la “democracia” pisoteada, llegando, inclusive, al atentado individual, repudiado por los comunistas, como insuficiente en la lucha revolucionaria—no se trata de derribar hombres, sino sistemas—.

¡Cobardes! ¡Disputad a vuestros adversarios, como hombres, la dirección de las masas y el poder! ¡Desencadenad la tormenta! ¡Lanzaos al abismo! ¡Solo así se hace la historia! ¡Como! Vosotros, los marxistas puros, ¿olvidáis que la violencia es la más grande partera de la humanidad? Pero ¡ya! ¡ya! Tenéis miedo a las masas. Y quien teme a las masas oprimidas, en armas, es porque conspira contra ellas.

Entonces ¿que podéis reprochar a Sánchez Cerro, que vosotros no estéis dispuestos a hacer, llegado el momento?

Ricardo Martínez de la Torre.

Apra en “Brújula”

La falta de decisión y la distancia entre lo prometido y lo hecho, son características de

ese movimiento pequeño burgués que, en todos los países, aparece con el rótulo de “socialismo” o “laborismo”, para distraer preciosas energías de las masas.

El socialismo es un péndulo que va de la burguesía al comunismo sin quedarse con ninguno de ellos, sin afirmarse nunca, sin traer ni llevar nada; es un consuelo sin esperanza.

Por un momento el Aprismo peruano hubo de entusiasmarnos. La distancia que nos separa del Perú, las ideas expresadas hace algunos años por algunos jóvenes iniciadores, nos hicieron creer que el Aprismo era un movimiento netamente revolucionario.

Los acontecimientos van probando lo contrario.

El Aprismo, al igual que el Socialismo argentino, es un partido reformista que, dentro de las condiciones actuales, se propone llegar por evolución a la transformación social.

Bien sabemos lo que se esconde tras tanta suavidad.

Por eso el Apra no logrará sus propósitos de extenderse por el continente. Para que una idea conquiste, debe ser nueva, y, en la mayor parte de los países americanos, la socialdemocracia ya ha prendido o está prendiendo.

Lo único que podrá conseguir el Apra es una fusión de fuerzas semejantes.

(De «Brújula» Rosario de Santa Fé, Argentina.)

IACTIO
estros
movim.
te, e
de a
olera

NUESTRA

experiencia de años, al servicio completo del público.

NUESTRAS EXHIBICIONES

están basadas siempre en estos principios:

CALIDAD,

BUEN GUSTO,

ARTE ELEVADO.

*ACUDA USTED A CUALQUIERA DE
NUESTRAS SALAS*

*y comprenderá por qué el público nos prefiere a otros
exhibidores.*

Empresa de Teatros y Cinemas Ltda.

*Las mejores películas parlantes a los precios más
reducidos.*

Estos teatros no cobran el impuesto municipal de 10%.

*Excelsior, Colón, Olimpo,
Mazzi, Cine Ideal, Cinema
Teatro Barranco*